BIBLIOTECA FILIPINA.

POESÍAS
LÍRICAS Y DRAMÁTICAS

DE

Pedro Alejandro Paterno

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

por

D. DANIEL BALACIART.

TOMO I.

MADRID.
ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo 10, y Ronda de Embajadores.

1880.

ÍNDICE.

	PÁGINAS
Cuatro palabras	V
Prólogo	IX
A mi padre	1
La Sampaguita	2
Sampaguitas	8
A mis hermanas	10
En la ausencia	18
A Elisa	20
A Manila	28
A.....	32
A la ingrata Adela	35
A Luisa	37
¿Quién es Margarita?	40
Deseos	41
Delirio	43
A Enriqueta	44
En un abanico	45
En la primera página de un libro: A mi padre	46
En sus dias	49
Á Lindo-Vera	52
Á María	55
¿Quién será?	57
Á M***	59
Á Soledad	62

PÁGINAS

Al R. P. Juan Bautista Bombardó, Rector del Seminario conciliar de Salamanca..... 64
En el álbum de un pintor filipino..... 69
Cantares..... 71
La Felicidad..... 75
El por qué..... 77
Creacion de los mares..... 79
Á Zara..... 82
Á Laura..... 85
.... 88
Á Laura..... 89
La Cruz..... 92
Margarita, (drama en tres actos).—Acto primero. 101

CUATRO PALABRAS.

La colonia filipina de Madrid está formada, en su mayor parte, por jóvenes acomodados de aquel Archipiélago, que han venido á España con el objeto de hacer sus estudios científicos en nuestras Universidades, ó continuar las tareas artísticas en aquellas apartadas regiones comenzadas, ó sencillamente á visitar, cual curiosos viajeros, la Península.

Poco numerosos los filipinos residentes en esta capital, han conservado siempre la amistad más estrecha entre sí, alimentada por esa diferencia de raza, muchas veces imperceptible, que nosotros queremos establecer, y los presenta como *extranjeros* á los ojos de los ignorantes y personas de mala fé que en todas partes abundan.

En las reuniones de carácter familiar que periódicamente celebran, se hace música, léense poesías y se discute tranquila y razonadamente sobre puntos científicos de importancia, consagrando siempre mayor tiem-

po á la instruccion que al recreo: la casa del Sr. Paterno, autor de las poesías en este tomo insertas, ha sido por mucho tiempo el noble palenque de estas discusiones, el ancho campo de estas agradables veladas literario-musicales.

Honrándome hace ya bastante tiempo con la amistad del Sr. Paterno, y asimismo con la de la mayor parte de los jóvenes filipinos, he asistido con especial complacencia á estas veladas que daban un hermoso ejemplo de fraternal union; mis estudios y aficiones me llevaban á formar entre los artistas músicos, á los que ayudaba en sus trabajos con mi escasísima competencia.

Habiendo concebido la idea de dar al público una muestra de los sazonados frutos que la inteligencia de los jóvenes filipinos produce, ideé la publicacion de una *Biblioteca Filipina* que diera á conocer sus producciones.

El presente es el primer tomo de la citada biblioteca, y comprende las Poesías de Paterno, uno de los jóvenes más distinguidos por su talento y excelentes cualidades. La publicacion de sus *Poesías* será para él una verdadera sorpresa, pues yo temiendo que su exagerada modestia y su natural timidez fueran obstáculos á mi proyecto, las publico sin su conocimiento, esperando obtener, merced á la sincera amistad que nos une, el perdon de tan grave *abuso de confianza*.

No habia yo de decidirme, sin embargo, á la publicacion de este libro, de no haber contado con el podero-

so auxilio de mi distinguido amigo D. Daniel Balaciart, cuya reconocida fama, como literato y publicista, han procurado al jóven Paterno un valioso padrino para la presentacion al público de su obra; yo, lego en materias literarias, solo podia en mala prosa exponer mi pensamiento al publicar este tomo; el Sr. Balaciart, merced á su vasta erudicion y elegante pluma, lo ha enriquecido con un prólogo notabilísimo, y por no hacer demorar un instante más la lectura de él, hago punto en esta ya demasiado larga introduccion.

LUIS ARNEDO.

PRÓLOGO.

La historia de la humanidad enseña que las injurias y las violencias de los fuertes contra los débiles son perpétuas, existen desde los tiempos más remotos y no se extinguirán mientras haya un hombre para sufrir sus consecuencias.

Enseña tambien que lo justo ha sido siempre lo imposible.

Los indios, los egipcios, los persas y los chinos demostraban nuestras afirmaciones, más ó ménos plenamente, con la division de castas.

Los griegos, los romanos y los árabes, con la esclavitud y la servidumbre.

Las edades medias con el colonato; las modernas con el vasallaje.

Si el brahman imperaba sobre el chatria, éste sobre el vaisya y el sudra, y el sudra sobre el pária y el pouliahs, más tarde el señor dominaba al siervo y al esclavo, el patricio al cliente y al plebeyo, el dueño feudal á los colonos y tributarios.

Si el antiguo sacerdote pretendia descender de la boca de Dios, y que las castas inferiores descendieran del brazo, del muslo y del pié de la divinidad, respectivamente, aun tiene descendientes en el sacerdocio y en la nobleza que blasonan de origen celeste ó de contener en las venas sangre cuyos componentes químicos difieren de los que constituyen la de sus semejantes.

La fuerza, tributaria ó aliada de la supersticion, ha determinado siempre contra los débiles una cruzada avasalladora.

Para que la justicia encontrase amparo, alguna que otra vez, era necesario que la fuerza ó la supersticion necesitasen de su auxilio.

Estudiando todos los siglos, todas las civilizaciones, todas las costumbres, todas las leyes, todos los dogmas, siempre encontrareis dos castas: la de los opresores y la de los oprimidos.

Estudiad el orígen, el desenvolvimiento, la decadencia de todos los imperios; mirad cuidadosos las sendas que recorrieron; las vereis todas manchadas de sangre humana.

El cuchillo y la hoguera han sido siempre los más activos y más poderosos medios de persuasion.

Decidme en qué altares, en nombre de qué dioses no han tenido lugar esas cruentas hecatombes, condenadas cuando ya no era tiempo de interrumpirlas.

Decidme qué derecho se ha reivindicado sin efusion de sangre.

Decidme qué tiranía ha sucumbido sin sacrificar antes millares de víctimas.

Es cierto que observando atentamente el kósmos de iniquidades que constituye el

orígen de todas las civilizaciones, vereis brillar en su fondo cierto pequeño punto luminoso cuya intensidad aumenta con lentitud pero sin intervalos; que, si al parecer sufre eclipses pasajeros, recobra pronto su potencia invencible, y crea, primero la penumbra, despues la luz en el caos de tinieblas que le rodean.

Esa chispa, cuando brota visible apenas, luego irresistible foco, es la razon humana que ha ido arrancando á las supersticiones la confesion de la verdad y á la fuerza los elementos de su resultante.

Antes de obtener cada uno de sus triunfos, ¡cuántos siglos, cuántas tiranías ha necesitado recorrer ó soportar!

¡Cuántas víctimas ha tenido que abandonar á la voracidad de sus adversarios!

¡Cuántas han sido sus noches de agonía!

¡Cuántos sus dias de desolacion!

Relatar los crímenes de las supersticiones, de las realezas, de los caudillajes, fuera referir la historia de la verdad siempre

perseguida, de la justicia siempre despreciada; pero ¡digámoslo muy alto! seria tambien probar que la supersticion, la regalía y la arbitrariedad han retrocedido ante la razon en todos tiempos; que la razon no ha perdido jamás una batalla definitiva; que el grito de victoria de la verdad y el gemido de vergüenza del error, al confundirse, han pronunciado siempre esta palabra: DERECHO.

Pocas generaciones, no podemos negarlo, han disfrutado las verdades por ellas proclamadas; pero todas, no lo discutirá nadie, han legado á las venideras la ya no disputada herencia de sus triunfos.

Ante la razon sucumbieron las teocracias; ante la razon sucumbirán las aristocracias; ante la razon ha de prosternarse todo lo que signifique desigualdad de orígen entre los hombres; pero, entretanto, aún laten en nosotros recuerdos de las iniquidades que pasaron, ejemplos de las que subsisten.

En España, aún vibra aquel espíritu que dictó al padre Mariana sus protestas. Aún podemos decir con él, que «la religion y el brazo eclesiástico son la capa con que muchas veces se suelen cubrir los príncipes y aun solaparse grandes engaños.» (Libro 6.°, cap. 5.°,) y que «no concuerda con las leyes ni las costumbres cristianas la resolucion extraordinaria de querer hacer á los hombres por fuerza cristianos, ni es razon quitarles la libertad que Dios les dió.» (Libro 26, cap. 13.)

Aún podemos repetir con el gobernador eclesiástico de Barcelona: «que se ha profanado la cátedra del Espíritu Santo con expresiones bajas, escitando al ódio y á la venganza,» palabras por aquel escritas el 25 de Noviembre de 1823.

Aún podemos repetir aquellas frases de la Empresa 27 de Saavedra: «¿Cuántos engaños han bebido las naciones con especie de religion? ¿qué serviles y sangrientas costumbres, no se han introducido con ellos

en daño de la libertad, de las haciendas y de las vidas? La política se vale de la máscara de la piedad. No solamente ha abrasado ciudades, sino provincias y reinos. Si á título de ella se introducen la ambicion y la codicia y se grava al pueblo, este desconoce el yugo suave de Dios con los daños temporales que padece, y viene á persuadirse que bajo la religion se ocultan los medios con que quieren tenerle sujeto y beberle la sustancia de sus haciendas.»

Aún hay entre nosotros quien exclame, como la Universidad de Cervera en 3 de Mayo de 1827: «¡Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir!»

Aún tenemos Padres Alvarados, los cuales «prefieren errar con San Basilio y San Agustin, que acertar con Descartes y con Newton.»

Aún hay aduladores como aquellos que censuraba en 1787 el veterano Aguirre, diciéndole á Cárlos III: «Si os dejais arrastrar de las pasiones, dirán que haceis

bien. Si derramais la sangre de vuestros vasallos, como si fuese agua, dirán que haceis bien. Si los gravais con impuestos nuevos, si arrendais hasta el aire que respiran, dirán que haceis bien. Si empleais el poder en proscripciones y venganzas de los que os halaguen, dirán que haceis bien.»

Y es que aún hoy, como en 1787, como en todas las fechas que elijamos, tienen sabor de actualidad aquellas verdades dichas al propio monarca por la Sociedad de amigos de Zaragoza: «El estudio de hacer ignorantes á los hombres para que no reflexionen y conozcan la injusticia de los procedimientos y el dominio de la ignorancia apoderada de todas las clases del Estado, produce la miseria, la supersticion y el fanatismo, sublevador de los pueblos. Las cadenas y cadalsos son entonces los secretos y la ciencia de reinar.»

Tienen sabor de actualidad; lo tienen sin duda alguna; porque aún subsiste la injuria y la violencia de que hablamos an-

tes, y aún los poderosos, por «facer su pró, magüer sea en daño de la tierra,» estiman necesario, como lo estimaban los poderosos del tiempo de Alfonso X: «que los de su señorío fueran siempre necios et medrosos, porque cuando á tales fuesen, non osarien levantarse contra ellos nin contrastar sus voluntades; que hayan desamor entre sí, de guisa que non se fien unos dotros, et de los facer pobres, matar á los sabidores, et vedar siempre ayuntamientos, et saber lo que se dicie ó se facie en la tierra.»

Es cierto que la razon ha obligado á la fuerza á ir variando de formas y de procedimientos; verdad es que ha conseguido apagar las hogueras de la Inquisicion y embotar el hacha del verdugo; pero no es menos indiscutible que el espíritu de injuria y de violencia subsiste como el primer dia en que dos hombres hollaron la superficie del planeta y procura actuar y actúa ciertamente hasta donde se lo permite el adelanto de los tiempos.

Una de las armas que ha esgrimido con mayor fortuna, es la de marcar con sellos de incapacidad á los que intenta perseguir.

Tal raza, tal clase, tal sexo no tiene condiciones intelectuales para comprender los libros religiosos, ni elaborar los libros de las leyes, ha dicho durante muchos siglos.

Pero los libros de la ley sagrada han sido del dominio comun; los libros de la ley profana han sido elaborados por el pueblo.

Ante semejante resultado han añadido: No sabeis leer la palabra de Dios, y si no teneis *tanto dinero* ni aun sois hábiles para elegir vuestros legisladores.

Estos argumentos han sido condenados por la razon, subsisten todavía, pero están llamados á desaparecer. Ellos inventarán otros para continuar injuriando y violentando á la humanidad.

Hoy todavía esgrimen el arma de la incapacidad.

La ciencia, esto es, la razon, ha conseguido arrancar á la tierra, como al espacio, sus secretos maravillosos, y aun niegan parcialmente la potencia de la razon.

Los chinos habian demostrado su capacidad científica cuando dos siglos antes de J. C., el emperador Tsin-Chi-Hoang-ti mandó incendiar todos los libros que la contenian.

Los indios, sean ó no los inventores de las cifras numéricas, han demostrado, no obstante su atraso, notable capacidad intelectual. Si dando ó siguiendo el ejemplo del Obispo Zumárraga que redujo á cenizas los manuscritos aztecas, los dominadores han destruido pruebas irrecusables de nuestras afirmaciones, el hecho mismo viene á confirmarlas.

Los caldeos, los babilónicos, los fenicios, los hebreos, los egipcios, éstos en grande escala, dieron muestras evidentes de su poder intelectual.

No es necesario poner en tela de juicio

la capacidad de los pueblos modernos; porque ellos han determinado las leyes del universo, y despues de analizar todos sus componentes, investigan hoy las múltiples armonías de la naturaleza y ofrecen á la humanidad los más importantes y á la vez sencillos descubrimientos.

El arte, como la ciencia, no ha sido patrimonio exclusivo de raza, de clase, ni de séxo alguno.

Todas las civilizaciones y todas las clases y todos los séxos han producido obras dignas de admiracion, y aun aquellos pueblos que solo existen en las páginas de la historia, han dejado en ella y muchos fuera de ella, testimonios artísticos que certifican su aptitud para conocer y expresar lo bello, con arreglo á los ideales que, dados los tiempos, podian inspirarles.

Las pirámides y el laberinto de Egipto, las murallas y jardines colgantes de Babilonia, el coloso de Rodas, el sepulcro de Mausoleo, hablan en nombre de lo pasado;

todo lo que nos rodea, en nombre de lo presente.

La literatura ha florecido tambien en todas las edades. Legisladores, filósofos, poetas de todos los pueblos han hecho llegar hasta nosotros la fama de sus nombres.

Los libros de los vedas, Menú y Minos, preceden á las obras de Moisés y de Licurgo y nada tienen que envidiarles; Ki-Tseu, Lao-Tseu y Koung-Tseu (Confucio), deslumbran como el sol, á pesar de la distancia.

La religion, la patria y los sentimientos del corazon humano han sido siempre manantiales de belleza; cuando el pensamiento no ha podido circular por medio de la escritura ó de la imprenta, se ha grabado en mármoles y bronces; pero en ninguna edad, en ninguna region, con ninguna raza ha dejado de brillar como faro vigoroso dispuesto á iluminar lo falso como lo verdadero, para establecer entre uno y

otro límites que, una vez fijados, nadie ha podido destruir.

Los poetas de los tiempos primitivos cantaron los himnos sagrados y las teogonías y cosmogonías que alimentaban el espíritu en la infancia de los pueblos.

Homero, cantor de un pueblo sensual, produjo, no obstante, *La Iliada*, que, aun encerrada en los estrechos límites de la sociedad pagana, tiende á idealizar el pensamiento materialista de su época.

Virgilio, al escribir *La Eneidà*, sufrió ya la influencia de Sócrates, Pitágoras y Platon.

El Nuevo Testamento abrió vastos horizontes á la poesía, y al recorrerlos Dante con su *Divina comedia* y Milton con su *Paraiso perdido*, revelaron ese instinto adivinador que ha sido constantemente el sello divino de los poetas eminentes.

La ciencia, el arte, la literatura han minado siempre los cimientos de la fábula, á veces con la fábula misma y los dioses

indios, como los romanos, han caido bajo su crítica, bajo su sátira y en ocasiones merced al ditirambo, como han caido las castas, los señores, los tiranos y los verdugos.

Vuelvo á repetirlo: La ciencia, el arte, la literatura en todas las edades, en todos los pueblos han contribuido á ensanchar los límites de la verdad, sin que interrumpieran su obra de redencion las persecuciones y los martirios.

En la historia de todos los pueblos constan: los progresos civilizadores de las religiones, los retrocesos que á nombre de éstas han iniciado las razas, las castas, las clases dominadoras y los esfuerzos, triunfantes siempre, de los artistas, de los filósofos, de los literatos y de los poetas. De los poetas sobre todo, que han sido y son apóstoles del arte y profetas de la verdad.

Enseñanza tan continuada, no ha desengañado aún á los que mantienen la teoría de la incapacidad.

En muchas regiones (y España es una de ellas) se niega todavía que los pueblos posean suficientes condiciones para gozar de la plenitud de sus derechos.

Se niega tambien capacidad para regirse por las mismas leyes que la metrópoli, á nuestras colonias.

Se consigna tambien, como axioma indiscutible, que los indígenas no alcanzan el nivel de nuestras facultades intelectuales.

¡Qué aberracion, es decir, qué iniquidad! ¡Negar aptitudes, y á título de la negativa prohibir que aquellos á quienes se las niegan se dediquen á demostrarlas!

¡Lógica inquisitorial! Como aquella que llevaba á la hoguera á los inconfesos por rebeldes, y á los confesos por demoniacos.

Lógica que nos ha hecho odiosos á los pueblos de nosotros emancipados y aborrecibles á los que retenemos todavía.

Estudiad la ciencia, el arte, la literatura de todos esos pueblos que pronuncian el armonioso idioma castellano. Antes de su

independencia el fraile, el soldado, el leguleyo, el español en una palabra, eran los poseedores de la capacidad intelectual; aún de estos apenas si brotaban una Sor Juana Inés de la Cruz y un Alarcon; hoy la poesía lírica, como la dramática, el verso como la prosa, cuentan allí los apóstoles por centenares. Las otras bellas artes no dejan en el campo solitaria á la poesía; la ciencia tiene tambien sus evangelistas.

A la enseñanza de *El Clipeo*, la *Suma del Angélico* y las abrumadoras prelecciones del P. Serry, han sucedido los estudios enciclopédicos que ilustran la humanidad.

En Méjico brilla nuestro grandilocuente idioma en todo su explendor. Volúmenes enteros se podrian llenar con notas que lo demostrasen. Moreno, Zairco, Icarbalceta, Roa, Bárcena, Vigil, los Prieto, Hijar y Haro, Corona, Zamacona, Nuñez Ortega, los Ramirez, Mateos, Altamirano, Sierra, Zárate, Jones, Castañeda, Mata Rivera, la Portilla, Bablot, Elizaga, Ca-

sarin, Hernandez, Escalante, Cuellar, Villasana, Alamilla, Paz, Ortíz, Peredo, Luz Mayora de Sierra, Pilar Moreno, Gertrudis Tenorio, Rita Zetina, Rosas, Tellez, Chavero, Orozco, Frias, Gonzalez Verástegui, Montiel, Florez, Rovalo, Baz, Peon Contreras, Sosa, Hidalgo, Esteva, Facio, Villalobos, Zayas, Uhink, los Rodriguez, Baturoni, Calderon, Nicoli, Mármol, los Silva, Lopez Meoqui, Bianchi, Lescano, Hammeken, Valle, Romo, Talavera, Pimentel, Jesús Diaz, los Diaz Covarrubias, Barreda, Sanchez Azcona, García Cubas, Bandera, Rincon, Manterola, Marroquí, Bulnes, Gomez Parada, Collado, Zamacois, Torroella, Santa-Cilia, Gostkowski, Paynó, Orozco y Berra, Castillo, Tobar, Rivera y Rio, Pizarro Suarez, Riva Palacio, Isabel Prieto, Gomez Vergara, Monroy, Esther Tapia, Villaseñor, Peza, Sarlat, Alejo Torre, Sandoval, Burelos, Guarneros Ferrer, Cuenca, Julio, Eduardo y Clotilde Zárate, Elizalde, Siliceo, Alcalde,

Cambas, Castera, Romero, Valle, Portilla, Negrete, Chavarri, Plaza, Belut, Córdova, Cuevas, Arango, Aguilar y Marocho, Terrazas, Montes de Oca.

¿Os parecen pocos? Pues aún pudiera prolongarse la lista.

Ahí teneis apellidos españoles, apellidos indígenas, apellidos de extranjeros naturalizados, damas.

¿Quereis saber cómo escriben? Ved una muestra en ese final de un soneto del general Riva Palacio. Se dirige al Escorial:

«Palpita ahí el recuerdo; que ahí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo
Esclavo de sí mismo un soberano
Que la vida cruzó sin un amigo.
Aguila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.»

No solo hablan bien y en castellano, sino que buscan en Castilla los motivos de su inspiracion.

¡Y les hemos negado durante mucho tiempo aptitud para vivir como nosotros! ¡Eramos siervos de la Inquisicion y del ab-

solutismo y parecíanos que todavía no estaban educados para el absolutismo y la Inquisicion!

¡Y no lo estaban en efecto! ¡Y porque no lo estaban recobraron su independencia y su libertad!

Pues si hacemos una correría por la América meridional, encontraremos, en Caracas, las obras de D. Andrés Bello; en Montevideo, las de D. Adolfo Berro y don Francisco Acuña de Figueroa; en Chile, las de D. Jacinto Chacon y D. Eusebio Lillo; en Buenos-Aires, las de D. Estéban Echevarría y D. José del Mármol; en Puerto-Cabello, las de D. José Antonio Maitin; en Nueva Granada, las de D. José Fernandez Madrid; en Maracaibo, las de D. Rafael María Baralt; en Coro, las de D. Heriberto García de Quevedo, y en Lima, las de D. José Manuel Valdés.

No están aquellas repúblicas verdaderamente constituidas; aun parecen sus can-

tos primitivos; pero ved cómo expresan sus pensamientos en estas estrofas que Acuña de Figueroa pone en los lábios de una madre africana, increpando al pirata que le roba las joyas más gratas á su corazon:

«Llévame vil y en servidumbre muera
con mis prendas amadas; mas ¡ay! triste
que no espero ablandar tu pecho duro
con lamentos prolijos.
Tú no sientes amor; ¡no tienes hijos!»

Si Acuña habia leido este tierno y profundo pensamiento, demostró qué lo comprendia perfectamente; si brotó expontáneo de su dulce lira, no es necesario encomiar el poder intuitivo de su talento.

Mas para que no se me tache de rendir tributo á lo que pudiera ser un plágio, terminaré con este otro rasgo, tan adecuado al asunto como propio del poeta de Montevideo:

«Tú ignorabas
Que saben esos bravos
Proclamar «libertad»... y hacer esclavos?»

¡Cuántos que no blasonan de negreros, pueden verse retratados en el verso antecedente!

Si ahora dirijimos una mirada á las colonias en donde aun flota nuestro pabellon, veremos tres joyas más ricas que bien cuidadas, en donde la poesía brota como flor natural cuyos broches comprimidos durante largo período de tiempo por la intolerancia, comienzan á dar al viento el suave aroma de sus delicadísimos perfumes.

¡Cuba, Puerto-Rico, Filipinas! ¡El hermoso centinela del golfo de Méjico, la riquísima avanzada de la América septentrional, el poético Archipiélago indio!... ¡Cuánta riqueza despreciada, cuánto poderío inutilizado por la incapacidad de quienes de ella acusan á los naturales de aquellas colonias!

¡Cuba y Puerto-Rico que debieran ser atalayas españolas en el gran Océano y en el Atlántico; atalayas de paz, si hubiéramos sabido conservar un giron, solo un gi-

ron de la América central; atalayas que hubieran esparcido, desde el estrecho de Bering hasta el cabo de Hornos nuestro comercio, nuestro idioma, nuestras costumbres. Allí están, sí, mirando tristemente la cordillera de los Andes, desde donde se escuchan aquellos acentos castellanos, suspiros de amor que debieran ser, gritos de reprobacion, de reprobacion justa que son en realidad!

¡El Archipiélago, colocado enfrente de la China y del Indostan, como si hubiese querido dedicarlo la Providencia á ser emisario de la buena nueva cerca de aquellas vetustas civilizaciones! ¡Escala natural del África, de la América y de la Europa para todas las relaciones comerciales é intelectuales!

Si hubiéramos llevado á esas regiones el espíritu de libertad que todo lo vivifica, tendríamos en la primera cuatro, en la segunda dos, en la tercera veinte millones de habitantes.

Pero la suspicacia que arrojó del suelo pátrio á los judíos y á los moros, dejando reducidos á diez y seis los que pudieron ser cincuenta millones de españoles, produjo la esterilidad en nuestras ricas comarcas de América y del Asia.

Y aquella suspicacia continúa su obra. En Cuba, al menos, si las guerras han sido ocasion de que para la isla y la metrópoli amaneciesen dias luctuosos, el último suspiro de los mártires ha levantado vientos de libertad y á su impulso, los poetas, como las aves que asustadas por el fragor de una tormenta, se apresuran á saludar al sol cuando este empuja á otras regiones los últimos vagidos de la tempestad, han comenzado á cantar sus penas y sus alegrías y han enriquecido nuestro Parnaso con los nombres de Gertrudis Gomez Avellaneda y *Plácido*, estrellas escojidas de entre otras mil, en el brillante cielo de la poesía cubana.

Oid estos versos de *nueve sílabas* que la primera dedica á la Cruz:

¡Florece, árbol santo, que el ástro
de eterna verdad te ilumina
y el riego de gracia divina
fomenta tu inmensa raíz!

Ved esa enérgica descripcion de un brazo separado del tronco en la embriaguez de los combates; descripcion hecha por la misma autora en la tragedia *Alfonso Múnio*:

Con crispatura tal asió la espada,
que aún no conoce que le falta el cuerpo.

Deleitaos con esa preciosa octava arrancada al espíritu de Plácido por la libertad:

Sábia y excelsa reina á quien admira
extasiado de gozo el pueblo hispano,
oye la voz de un vate que respira
aura de libertad; oye á un cubano.

Alguno habrá que con dorada lira,
más digna de tu oido soberano,
cuando sus cuerdas diamantinas vibre,
cante más grato; pero no más libre.

Sentid con él en *Las flores del sepulcro* aquella ternura inimitable que inspira los siguientes versos:

Puede tal vez bañar fugaz sonrisa
mi rostro, sí, mi corazon jamás.
. . . . . .
De dos amantes que el eterno inspira
á volar juntos de la dicha en pos,
el que primero por su amor espira
es el más venturoso de los dos.

Aquel en cambio de su estrella dura
mirando muere lo que siempre amó;
aquel tendrá quien en la noche oscura
llore en su losa; pero el otro no.

Ved, para remate, la facilidad de esa quintilla:

Tengo en un lindo cantero
que á tu nombre dediqué,
ruda, albahaca, romero,
varitas de San José
y espuelas de caballero.

Esa es la poesía cubana; ¡y su autor vivió esclavo de la ley y de la preocupacion y murió fusilado en Matanzas, víctima de nuestras discordias civiles!

Esa es la poesía cubana no inspirada por cierto en la oficial que habia grabado en la catedral de la Habana, y bajo la efigie de Colon, estos renglones estrafalarios:

¡Oh restos é imágen del gran Colon!
Mil siglos durad guardados en la urna
y en la remembranza de nuestra nacion.

Renglones émulos de aquellos que otra musa del mismo orígen colocó en la calle Ancha de San Bernardo, frente á la primera vena del Lozoya, ha más de 20 años:

Con indecible teson
el Lozoya nos trajeron.
Dios bendiga la intencion
de la reina, gobierno é ingenieros.

Renglones que si los crímenes literarios se purgasen en la otra vida, ni con ayuda del buen intento alcanzarian misericordia.

Puerto-Rico y Filipinas que por una ú otra causa ni han sentido las convulsiones de las luchas fratricidas, ni gozado palpitacion alguna, espansion alguna, que no haya sido inspirada por la recelosa suspicacia de la metrópoli, callan aún y callan lo que sienten; porque sienten y sienten bien como lo demuestran las páginas que voy trazando, escritas en presencia de las

que constituyen el volúmen presente, cuya publicacion es debida solamente á la casualidad.

Y digo á la casualidad, porque los escritores de Filipinas, amedrentados por la presion que allí ejerce la suspicacia de sus dominadores, cantan para sí, no se atreven á dar á la estampa el producto de sus inspiraciones, y ha sido necesario para que este volúmen y los que le seguirán vieran la luz pública, que un coleccionador de esos cuyo amor á las bellezas pátrias vence todos los obstáculos, se dedicara á *sustraer*, dura es la frase, pero cierta, del dominio de sus autores, las obras que constituyen esta biblioteca.

Es fácil comprender tal repugnancia: En Puerto-Rico y en Filipinas el gobierno prohibe discutir punto alguno constitucional, las administraciones pasadas, todo lo que se prohibe en la Península y ha establecido, además, la prévia censura.

Esto es lo prohibido terminantemente

por la autoridad. ¿Quién es capaz de exponerse á la red de abusos, de persecuciones encubiertas, que se adivinan á través de las prohibiciones gubernamentales?

Así que al jóven escritor D. Pedro Alejandro Paterno, cuyas poesías constituyen este volúmen, como á los demás que ilustrarán la presente Biblioteca, ha sido preciso *sustraerles* las ricas joyas de su ingenio y publicarlas contra su expresa voluntad.

«Es posible, es seguro, me dice el activo coleccionador, el jóven cuanto notable maestro de música, Sr. Arnedo, que cada tomo me ocasione un disgusto y acaso un enemigo. Aún pudiera suceder que los autores me enredaran en las mallas del Código penal; pero no desisto: fio á la ventura y á la nobleza de sentimientos que en sus obras se revela, el perdon de mi atrevimiento.»

Así llegan á la imprenta los volúmenes que desluzco con estas desaliñadas reflexiones.

Así llega ante el público, como escritor, el novel y ya distinguidísimo poeta filipino D. Pedro Alejandro Paterno.

Debiera terminar: poesías y prosa como las que siguen no necesitan padrinazgos; pero es costumbre comentar de alguna suerte los trabajos literarios que se recomiendan, y voy á sacrificar algunas líneas en el altar de esa diosa, no siempre tan discreta como algunos y yo en la ocasion presente desearian.

Paterno, ya porque no destinase sus poesías á la publicidad, ya porque dijese con Espronceda: «Allá van versos donde va mi gusto,» hace como los ruiseñores que cantan en libertad, que se posan sobre las ramas desde donde se domina un valle, una cascada, un vergel, un rio y ponen sus himnos en armonía con el sitio y el momento, sin cuidarse de que entre sí tengan semejanza.

Siente impulsos de cantar y canta. ¿Qué? ¿Cómo? Quizás no se lo ha preguntado nun-

ca. Quizás hoy él mismo no sabria responder. ¿Fijará alguna vez su peculiar estilo? ¿Creará un género? ¿Cantará siempre con la augusta y encantadora libertad de la no sujeta inspiracion ó se encerrará más tarde en la estrecha cárcel de los preceptos?

Lo ignoro y acaso él no lo sepa. Por el momento considera á los preceptistas como los consideraba Juan de la Cueva, y no está lejos de exclamar:

> Quieren tambien que sea ley forzosa
> que no pase de diez el que hiciere
> églogas, y no sé el que dió en tal cosa.
>
> Y si un auto de Apolo no exhibiere
> al eglógrafo absuelvo, porque ignoro
> en qué delito incurre el que excediere.

La estrofa XI de la poesía titulada *Sampaguita*, en que la semi-rima no es constante, pone de relieve su instinto de independencia.

Aparte de este y de otros defectos que á no dudar el poeta hubiera corregido, si no se le hubiesen publicado sin su conocimiento, las poesías de que me ocupo con-

tienen todas las condiciones necesarias para que su autor penetre, merced á ellas, por las puertas del Parnaso, sin que nadie le pida mejor ejecutoria.

Sencillez, elocuencia, ternura, profundidad, todo lo hallará el lector en esas páginas.

Fijándose en la composicion al Mar, se recreará con los bellísimos conceptos que trascribo:

Pues miro en su inmensidad
de mi amor el vivo espejo.
¡Cuántas olas luchan fuera!
¡Cuántas perlas duermen dentro!

Perlas y de trasparencia purísima son sus cantares, entre los que elijo al acaso los que siguen:

Concédeme, niña, un rayo
de la luz de tu mirada,
para alumbrar en la ausencia
la soledad de mi alma.

No me hableis de desventuras,
que no entiendo de sufrir;
el paraiso está en la tierra.
¿No vive mi madre aqui?

Es notable por la rima y por el concepto, la composicion *A mi madre*, y son dignas de especialísimo aplauso las octavas que dedica á la cruz, entre las cuales aún atesora más relevante mérito la que principia así:

¿Qué se hicieron los ínclitos varones
que legaron sus nombres á la historia?

Y la que termina con este dulce pareado, no inferior á ninguno de los que insignes escritores dedicaron al signo de la redencion cristiana:

¡Hacecillo de mirra regalado
que nos dejó en recuerdo nuestro amado!

Si estos ejemplos no dijesen bastante, el acto primero de MARGARITA, que revela la intuicion dramática del autor, seria más que suficiente para dejar probada la lucidez de espíritu y las dotes de observador que caracterizan al jóven escritor de que nos ocupamos.

Concluyo. Proseguir seria quitar á muchas bellezas el encanto de la novedad.

Seria, tambien, arrostrar el peligro de hacerme importuno con exceso.

Concluyo, pues: si resulta gloria de haber arrancado del olvido esos preciosos gérmenes de una literatura que centellea en la oscuridad, á causa de la eterna injusticia humana, sea toda del atrevido coleccionador que, con mejor deseo que acierto, la depositó en mis manos, para que de ellas, con menos autoridad que solas, pasasen á recorrer los senderos, no siempre floridos, de la vida pública: si resultasen cargos sean para mí; pero recuerden los censores, antes de esgrimir sus armas, aquella máxima de Syrus: «Sed benévolos con los demás, aunque seais severos con vosotros mismos.»

DANIEL BALACIART.

Á MI PADRE

—

DEDICATORIA [1]

En este siglo mezquino
En que con febril desdoro
A los reflejos del oro
Se vá buscando un camino;
Y á cada instante el destino
Nos arranca una ilusion;
En alas de esta cancion
Que al universo se lanza,
Te doy lleno de esperanza
Entero mi corazon.

---

(1) Esta inspirada décima, la escribió el señor Paterno con motivo de dedicar á su padre un cuaderno manuscrito de poesias, de las que forman parte algunas de la presente coleccion: creemos interpretar fielmente los sentimientos de cariño que animan al poeta hácia el autor de sus dias, colocando esta poesia á la cabeza del presente tomo.

LA SAMPAGUITA [1]

I.

Allá en mi patria lejana,
Allá donde nace el dia;
Yo ví en el *Pásig* [2] undoso
Bañarse en su amena orilla
Una vírgen encantada,
Que por su forma divina
Y su airosa gentileza,
Un serafin parecía,
Tan cándida y tan hermosa
Como flor de *sampaguita.*

(1) La *Sampaguita* es una flor muy conocida y estimada en Manila por su hermosura y suavísimo olor: se parece á nuestro jazmin en sus breves pétalos y en su delicada blancura.

(2) *Pásig*: rio de la isla de Luzon en la provincia de Tondo; tiene su orígen en la laguna de Bay, de la que sale por cinco brazos distintos que luego vienen á reunirse al desagüe del rio de San Mateo, una legua al O. del pueblo de Pásig; corre una y media legua al Occidente, formando varias curvas al N. O. hasta que sigue esta direccion; pasa al N. E. de Santa Ana y volviendo luego otra vez su direccion al O., al N. de Padácan divide el pueblo de Binondo de la playa de Manila y desagua en la bahía de este nombre á los 124° 37' 40" long. 14° 35' 38" lat. (Diccionario geográfico estadístico, histórico de las Islas Filipinas, por fray Manuel Buzeta).

II.

Recatándose medrosa
De la gente que la mira,
Salió de las aguas rápida
Aquella mujer divina.
Su belleza por adorno
En vez de joyas lucía;
Del raudal de sus cabellos
Líquidas perlas surgían;
Mientras besaban sus plantas
Las flores de *sampaguita.*

III.

Acerquéme á ella y la dije:
—Oye mi querella, niña,
Vida de mi pensamiento,
Y de mis amores vida,
¿Quieres oir las canciones
Que brotarán de mi lira,
Por estar tu nombre en ellas,
Melodiosas y sentidas
Como el arrullo del céfiro
A la flor de *sampaguita?*

IV.

A la sombra de estos plátanos
Descansemos, alma mia,
Y gocemos de reposo
Y de sueños de delicias;
Que aquí todo corazon
Está lleno de alegría.
Hacen su mansion perpétua
Los encantos de la vida,
Aquí do nacen y mueren
Las flores de *sampaguita.*

V.

Bien sabes, niña adorada,
Que por conservar tu vida,
Toda la sangre del pecho
Gota á gota vertería.
En la ausencia te he llevado
Siempre en la memoria fija.
¡Ay, cuántos años sin verte!
¡Cuántas delicias perdidas!
¡Cuánto aroma no aspirado
De mi flor de *sampaguita!*

VI.

Dime, alma de mi alma,
¿Mientras ausente vivías,
Ligera nube de olvido
Pasó tal vez fugitiva,
En el cielo de tu amor?
Responde, prenda querida,
Que al viento lanzo mis quejas
Por el llanto humedecidas,
Como están en la mañana
Las hojas de *sampaguita*.

VII.

Si me quieres, no lo calles;
¿Tú no me amas, vida mia?
¿No me respondes?... ¡Oh cielos!
¿Con qué es cierta mi desdicha?...
Mas ella bajó la frente,
Mostrándome una sonrisa
¡Ay! que desgarró mi pecho
Creyéndola una perfidia.
—Pues no me amas, muera ya
Cual muere la *sampaguita*.

VIII.

Al escuchar esto, al punto
Rompió el silencio la niña.
—Amor mio, ¿por qué dudas
De mí, si tú eres mi vida?—
Creí perder el sentido
Oyendo su voz dulcísima,
Que movió mi corazon
Cual celestial melodía,
Más grata que el mútuo arrullo
De flores de *sampaguita*.

IX.

—No ceses de hablar, la dije,
Que oir tu acento es mi dicha,
Y contemplarte amorosa
Es mi gloria apetecida.
¿Por qué proferiste tarde
Esas notas que me hechizan?
—Demasiado feliz era,
Y las palabras huían
De mis lábios, que temblaban,
Cual hojas de *sampaguita*.

X.

Cuando á conocer me diste
El tormento que sentías,
Entónces hallé palabras
Para alegrarte, alma mia;
Pues para tí siempre guardo
Un manantial de caricias,
Que cuidadosa recojo
Al primer rayo del dia
Entre los jugosos pétalos
De la flor de *sampaguita*.

.....

XI.

Ella mucho me miraba,
Y yo mucho la quería;
¡Ay! cuanto más la estrechaba,
Tanto más se adormecía.
Y al fin... en un sol se unieron
Nuestras almas encendidas;
Como se unen amorosas,
Estrechadas, confundidas,
Dos lágrimas de rocío
En la flor de *sampaguita*.

Madrid 23 de Noviembre de 1873.

SAMPAGUITAS [1]

1.ª

Á MI MADRE.

Cual navío juguete de las olas
Destrozado por fuertes tempestades,
Perdido en las inmensas soledades
Del rugiente desierto de la mar:
Solitario, sin guia ni esperanza,
Sin luz que le conduzca á salvacion...
Así vive afligido, madre mia,
Sin tí mi corazon.

(1) Como ya hemos dicho, las *sampaguitas* son flores muy populares en Manila, y las jóvenes filipinas se adornan con ellas, formando collares caprichosos de *sampaguitas* enlazadas que rodean á su cuello, ó artísticas diademas que embellecen su peinado. Ya sea por lo breve y delicado de su forma, ya por el suavísimo aroma que de su cáliz se desprende, ya porque el nombre de la *sampaguita* es muy popular y apreciado en Manila, el Sr. Paterno ha denominado *Sampaguitas* las composiciones siguientes, queriendo dar quizás un nombre especial en la literatura filipina á este género de poesías por él ideado, y procurando que estas participen de la suave fragancia, la belleza de la forma y la delicadeza suma de aquellas flores.

Avecilla que llora entre las hojas
Contemplando al crüel robar su nido,
Que guarda con calor su hijo nacido
Al palpitante arrullo de su amor;
Y solloza y exhala tristes quejas,
Pidiendo á sus dolores compasion...
Así vive afligido, madre mia,
Sin tí mi corazon.

Cuando oía tu acento regalado,
Y en tus ojos leía mi cariño,
Era todo placer para tu *niño*
Que en tu seno gozaba el bienestar...
Mas hoy, triste, lloroso, abandonado,
Bebiendo siempre el cáliz de aflicion,
Sin goces, sin amor, sin un consuelo!
Así vive sin tí mi corazon.

2.ª

Á MIS HERMANAS.

—

Ama un clavel encendido
A una ardiente *sampaguita*;
Los dos se hallan, y se estrechan,
Y al calor del sol palpitan.

El viento los desenlaza...
Mas como se aman con fuego,
Al separarse se besan;
Y mueren al darse el beso.

3.ª

Cubierto de blanca nieve
Un clavel del Norte, helado,
Exhala un tierno suspiro
Entre el gemir de su llanto.

En la ardiente zona tórrida,
Una flor de *sampaguita*,
Bañada en ardiente sol
Entre lágrimas suspira.

Ambos suspiros vüelan
En alas de sus aromas;
Se encuentran; y al ¡ay! de un llanto,
Confundidos se evaporan.

4.ª

Subí á la elevada cima
Donde me guió mi lucero:
Contemplé bajo mis piés
El abismo más horrendo;
Pero otro abismo más grande
Llevaba dentro del pecho.
Mi planta tembló, y rodé:
¡Los abismos se atrajeron!

5.ª

¿Qué es la pasion, niña mia,
Sino aire, todo y nada?
Contémplala en ese mar,
Suspiro de la montaña,
Que no puede contenerse
Y baja á besar el agua:
Y ella suavemente ondula,
Al sentir la prueba amada
Formando modesta ola.
Mas en su seno se fragua
El fuego de la pasion;
Y aquella ola se agiganta,
Blancos valles, altos montes,
Forma en su carrera vana.
Ruge, y en cóncavo espacio
Retumba su voz que espanta:
En su fuego se revuelve,
Y dulce vida arrebata
Del sér que en el mar se encierra.
¡Cómo la pasion retrata!

Tanto rugir, tanto orgullo,
Tanta voz y fuerza tanta,
Se estrella en frágil arena;
Y al querer examinarla,
¡Solo se encuentra la espuma,
Que se deshace en la playa!

6.ª

Al rugir la tempestad
Por la playa me paseo;
Y al ver agitado el mar
De placer me siento lleno:
Pues miro en su inmensidad
De mi amor el vivo espejo:
¡Cuántas olas luchan fuera!
¡Cuántas perlas duermen dentro!

7.ª

Pugna por salir un beso
De mis lábios, niña hermosa;
Porque quiere hacer su nido
En el jardin de tu boca.

8.ª

Que todo se purifica
Dicen, niña, con el fuego;
Mírame con tus ojillos,
Que quiero entrar en el cielo.

9.ª

No me digas que en el cielo
Está la dicha sin fin;
En el cielo se padece,
Mientras no vuelvas allí.

10.ª

En su boca está la risa,
En sus ojos los amores,
¡Cuántos y cuántos placeres!
¡Cuántos y cuántos dolores!

11.ª

Para mi pena una tumba
Ya no encuentro en todo el mundo:
Porque ni cabe en el mar,
Con ser el mar tan profundo.

12.ª

Concédeme, niña, un rayo
De la luz de tu mirada;
Para alumbrar en la ausencia
La soledad de mi alma.

13.ª

No me hableis de desventuras,
Pues no entiendo de sufrir.
El paraiso está en la tierra
¿No vive mi madre aquí?

14.ª

Cuando airada me mira
La que yo quiero,
Sufro las crueles penas
Del duro infierno;
Cuando amorosa,
Contemplo á Dios, y gozo
La eterna gloria.

15.ª

Si me amas ¡ay! me matas,
Si no, me muero;
Ámame, vida mia,
Que morir quiero.
¡Oh, qué ventura,
Si en tus brazos hallara
Mi sepultura!

16.ª

Si en un jardin hallara
Tu faz hermosa,
La juzgara el capullo
De linda rosa.
Y como abeja
En tu cáliz libando
Siempre viviera.

17.ª

EN LA AUSENCIA.

Cuando veo surcar la azul esfera
Una nube que va con rapidez;
Me imagino que corre acelerada,
Por mirar de tu rostro el rosicler.
Yo te envío en los pliegues de su manto
El lamento del pecho que te es fiel:
¡Quién pudiera cruzar el firmamento,
Para aliviar mis penas,
Para poderte ver!

Cuando miro á la negra golondrina
Que á tu mansion sus alas va á tender;
Y vuela presurosa á contemplarte
En su nido colgado en tu vergel:
Yo te envío en el ruido de sus alas
El suspiro de amor y ardiente fé:
¡Quién pudiera cruzar el firmamento,
Para alegrar mi alma,
Para poderte ver!

Cuando vuela mi ardiente fantasía
Anhelante de ver su dulce eden,
Desprecia el esplendor de las estrellas,
Y vá á besar las huellas de tus piés.
Y ansioso el corazon siempre te busca,
Exclamando constante en su querer:
¡Quién pudiera cruzar el firmamento
Para morir de gozo
Cuando te llegue á ver!

Madrid 25 de Noviembre de 1875.

Á ELISA

I.

Oh! mírame y no dejes de mirarme;
Mi gloria es ver mis ojos en tus ojos,
Dos soles que iluminan sin quemarme;
Ah! cuando en mí se fijan sin enojos
Nadie en el cielo osara despreciarme:
Porque la mágia de sus rayos rojos
Llena mi corazon de tal ventura,
Que me hace ver á Dios en su hermosura.

II.

¡Brillantes soles que mi pecho adora!
A vuestra luz el alma se levanta,
Y como el ave que al brillar la aurora
Remóntase á la altura y vuela y canta,
Saludando el fulgor que la enamora
De la belleza que á la sombra espanta.
Dejad que en vuestros rayos inspirado,
Viva y muera de amores embriagado.

III.

Prestadme vuestro armónico concento,
Bellos séres del valle habitadores,
Que moveis en canoro movimiento
Los átomos, del canto procreadores,
En la bóveda azul del firmamento;
Y vosotros, amantes ruiseñores,
Que agitais dulcemente el blando viento,
Llenando los espacios de alegría,
Dad á mi voz la célica armonía.

IV.

Sobre las alas de inspirado canto
Te quiero arrebatar, Elisa amada,
A la mansion do gozaremos tanto...
Oir cantar al dia en la alborada,
Con delicioso y sin igual encanto,
Las gracias de la aurora inmaculada;
Allá de Oriente en la risueña orilla,
Donde el astro de luz con pompa brilla.

V.

Y allí verás la vida sin pesares
Rodar en horas de delicias llenas,
Tan bellas cual las olas de sus mares
Que unidas del placer en las cadenas
Al caminar, entonan mil cantares,
Y mueren suspirando en las arenas;
Tanta ventura solo allí se alcanza;
Pues solo allí no muere la esperanza!

VI.

Santa esperanza! el astro luminoso
Que alumbra sin cesar aquella zona;
A su fulgor el mundo gira hermoso;
Teje el amor con flores su corona;
Y el mortal pecho siéntese dichoso.
¡Alma que sus caricias abandona,
Es perla de su concha desprendida,
Rodando por los mares de la vida!

VII.

Tengo jardines de sin par belleza
En un extenso y tropical pensil:
Mio es el cetro de real grandeza,
Fuente de gracias y dulzuras mil:
Vivo en palacios de oriental riqueza
Con tronos de oro, y nácar y marfil;
Donde esperan las ninfas con sus flores
A tí ¡oh, emperatriz de mis amores!

VIII.

Antes de verte, Elisa encantadora,
Mi triste corazon era un infierno;
De venganzas la llama aterradora
Se agitaba en su negro espacio interno.
Soñando con la guerra destructora
Amaba solo su laurel eterno;
Te ví, y amé el perfume de las flores,
Y del sol los purísimos colores.

IX

Yo te busco en la luz de la mañana,
Mientras abre su cáliz la azucena.
Yo te contemplo en la region indiana
Como una vírgen de ilusiones llena,
Tierna y hermosa de su dicha ufana
A los tormentos del dolor agena;
Retratada en sus aguas virginales
Que murmuran tus gracias celestiales.

X.

En vano busco en esta tierra, Elisa,
La esplendorosa luz de tu mirada;
El dulce néctar de tu dulce risa,
Del amor y placer rica morada.
Solo en mi cielo el alma te divisa
Henchida de hermosura inmaculada,
Brillando en la region de la ventura
Cual brilla el sol en la azulada altura.

XI.

Disfruta, Elisa, de esas gratas horas
De inocente ilusion, de suave encanto:
Recréate en las músicas sonoras
Que celebran tu amor con dulce canto:
Ay! se acercan volando bramadoras
Pasiones á cubrir tu faz de llanto;
Que en este mundo el gozo ráudo pasa,
Y el recuerdo que deja, el alma abrasa.

XII.

¿A dónde están aquellas aguas puras,
Que cual espejo mágico de amores
Ah! retrataba estrellas de ventura,
Cielos sin nubes, noches sin temores,
Pobladas de suspiros y ternuras,
Cantadas por amantes trovadores?
¿Dónde se han escondido aquellas horas,
Bellas cual tus miradas seductoras?

XIII.

Mas ¡ay! aquellas horas de alegría
Volaron presurosas á su nido,
Que guarda con amor la patria mia
Entre las flores del Eden perdido.
Y desde entónces siento una agonía
Que me retuerce el corazon herido;
Y el alma triste, para ser dichosa,
Solo busca el remedio en una fosa.

XIV.

Por tí es mi patria el extranjero suelo,
Por tí he dejado mi glorioso hogar,
En balde Dios tendiera sin consuelo
Entre los dos la inmensidad del mar.
Cuando en tu frente veo arder mi cielo,
De gozo el corazon quiere estallar;
Te juro, Elisa, que ántes de perderte
Mil veces quiero la terrible muerte.

XV.

Al cruzar los desiertos de la tierra
Sé de mis pasos la constante guia;
Que en tí la luz de la virtud se encierra
Que anhela enardecida el alma mia.
Al borde del abismo no se aterra
El tierno corazon que en tí confía;
Haz que siempre en tu dulce poderío,
Eterno viva el pensamiento mio!

Madrid 23 de Setiembre de 1872.

Á MANILA

¡Salve, Manila! refulgente estrella
Cuyos fulgores ilumina al dia,
Que me inspirara la ilusion más bella;
Vírgen hermosa que el Oriente cria,
Entre los ampos que su mar destella,
Y cuya imágen guarda el alma mia:
Toma mi corazon, toma mi aliento,
Al rápido correr del pensamiento.

Tierra bendita del Eden hermana,
Lecho de amor que el corazon suspira;
En tí se esconde la inocencia sana
Y el gozo por tus campos lento gira.
Perla esmaltada en la corona indiana
Que el vasto mundo en su saber admira;
Nido de ensueños, huerto peregrino,
Justo orgullo del suelo filipino.

Encantada ciudad, fértil Manila,
Jardin de flores de sin par belleza,
Tu verde alfombra bálsamo destila
Que al pecho calma la mortal tristeza;
En tu lozana vida y paz tranquila
De Dios se admira la real grandeza;
Y quien contemple tu azulado cielo,
Siente en el corazon dulce consuelo.

¡Salve, Manila! tierra encantadora,
Grato refugio en la tormenta oscura,
Hija querida de la bella aurora,
¿Quién si te vé, cariño no te jura?
¿Quién al ver tus encantos no te adora?
¿Quién no corre detrás de tu hermosura?
Bien hace el sol al darte en su embeleso
Con la luz matinal su primer beso.

Á UN ESCÉPTICO

.....

Tu madre, ¡cuánto te quiere!
¡Tanto llora por tí, tanto!
Nada hay igual á su llanto,
Nada al dolor que la hiere.
La ví encendida en amor,
Postrarse al cielo de hinojos,
Y escaparse de sus ojos
Las lágrimas de dolor.
¡Cuántas veces sin consuelo
Ví á tu madre dolorosa,
Inmóvil como una losa
Caer sobre el duro suelo!
¡Cuántas, cuántas la he escuchado
En escondida afliccion,
Retorciendo el corazon
Pronunciar tu nombre amado!

Su pena ahogar sin rüido
Entre los pliegues del lecho,
Y oir palpitar su pecho
Con un dolor comprimido.

.....

Ví caer lluvias de perlas
De los cielos de sus ojos.
¡Son de un pecho sin enojos!
¡Feliz quien puede beberlas!
De las rosas de su boca
Ven á gozar el perfume;
Todas las dichas asume
Quien con sus besos las toca!

Manila, 1870.

A....

—

Todos la conoceis. Es tan hermosa,
Que no puede vivir al mundo oculta;
Aunque el pudor que en sus mejillas posa
Entre las rosas de su faz sepulta.

Jamás se extiende el pabellon del cielo,
Ni el explendor del dia, sin mirarla.
La hermosura del campo es un consuelo,
Si en su florido manto puedo amarla.

Unos la llaman Láura, otros Luisa,
Con mil variados nombres se la invoca;
¿Qué importa el nombre, si en su dulce risa
Podeis libar lo que el amor provoca?

Veo copiado en una frente pura
El tinte de sus cándidos sonrojos;
Y las estrellas de la noche oscura
Me hablan constantemente de sus ojos.

Hermosa creacion del pensamiento
Que respira la atmósfera divina;
Grato latido que en el pecho siento,
Y las eternas glorias adivina.

Brilla en su rostro, que oscurece al dia,
La majestad de la belleza riente;
Pues sola su mirada anunciaría,
La presencia de un Dios resplandeciente.

Ví apenas de su luz una centella,
Quedéme suspendido en su mirada;
Y dijo al punto el corazon: es ella
La que en mi altar de amor tengo grabada.

Porque, no hay duda, que su faz querida
Fué la que entre los sueños de embeleso,
Al correr la mañana de mi vida
Indeleble dejó en mi frente un beso.

¡El gérmen del deseo que me lanza,
Tras los rayos del sol de la hermosura;
Para hallar en el cielo de esperanza
La eterna inmensidad de la ventura!

¡Cuántas veces en noche solitaria
La veo descender del alto cielo,
Cuando el alma murmura una plegaria
Dirigida á ese Dios, que es mi consuelo!

¡Cuántas veces al mágico rüido
Que levantan sus alas seductoras,
Alivio halló mi corazon herido;
Y resbalaron sin sentir las horas!

¡Cuántas y cuántas, ilusion primera,
Percibo de tu voz la melodía,
Trasportando mi sér á la alta esfera
Donde brilla sin sombras la alegría!!...

Madrid, 1871.

Á LA INGRATA ADELA

—

Cuando al baile se dispone
Mi ingrata prenda querida;
Y la veo engalanándose
Con vana coquetería;
Tiernos y alegres deseos
En mi corazon se agitan;
Y en tanto que el pecho oprimen
El alma mia suspira:
—¡Ay de mí! Si yo pudiese,
Adorada vida mia,
El espejo ser ahora
Donde risueña te miras,
Contemplando tus ojillos,
¡Cuánto cielo yo vería!
¡Si esa borla polvorosa
Que acaricia tus mejillas,
Fuese mi boca de fuego!...
¡Cuánto infierno sentirías!

Pero no, mejor quisiera
Ser esa joya riquísima
Que en tu pecho colocada
Resplandece de alegría,
Sintiendo suave calor...
¡Cuánta gloria gozaría!
Mis palabras escuchando
La gentil hermosa niña,
Alza ligera el vestido
Con sin par coquetería;
Y su lindo pié me enseña...
—Calzado tambien me haría,
Exclamé al punto gozoso,
Que así al menos pisaría
Sobre mí con blanda huella
Mi amada dulce enemiga!

Madrid 3 de Diciembre de 1875.

A LUISA

—

Triste del que está pensando
En la mujer que le olvida;
Sin ser amado, adorando;
Sin esperanza, esperando;
Viendo su muerte en su vida.

Triste del que llega á amar,
Para amar y padecer;
Para padecer y estar
A solas con su pesar
Recordando á una mujer.

Hermosa, ingrato amor mio,
¿Hasta cuándo tus enojos
Durarán, y ese desvío,
Y ese desden, y ese frio
Mirar de tus bellos ojos?

Cuando los mios te vieron
En tí clavados quedaron;
Con tu encanto se durmieron;
Cuando á despertar volvieron,
Esclavos de amor se hallaron.

Y mi pecho en su alegría
Soñando con la ventura,
¡Pobre! feliz se creía,
Fascinado, no advertía,
Que era su dicha, locura!...

Desde el dia en que te ví
Me alimenta mi pesar.
¿Por qué me acuerdo de tí?
Yo debo olvidarte... sí;
Mas no te puedo olvidar!

Que espejo mi pensamiento
Siempre en él te estoy mirando;
Si despierto, en tí pensando;
Y si duermo algun momento,
Duermo contigo soñando.

Fantasma que no me dejas,
Engañadora ilusion,
Si no amortiguas mis quejas,
¿Por qué, por qué no te alejas,
De mi triste corazon?

¿No ves, mi dulce tormento,
Que al contemplar tu hermosura,
Es mayor mi sufrimiento,
Porque no puedo un momento
Olvidar mi desventura?

¡Bien mio, debo olvidarte!
Mas, yo no puedo vivir
Un momento sin amarte,
Que al dejar de recordarte
Dejaría de existir.

Búrlate de mi pesar,
Que de mi amor la venganza,
Mientras pueda suspirar,
Quiero consista en... amar,
En amar... sin esperanza.

¿QUIÉN ES MARGARITA?

—

CONTESTACION Á. ...

Margarita es una llama
De hermosura encantadora
Donde la luz creadora
Todos sus rayos derrama.
Sol de amor para los dos
Del alto trono bajado,
Y en la grandeza empapado
Del mismo aliento de Dios.

DESEOS.

—

Mientras duerme mi niña
Tranquila y sola,
Quisiera ser de noche
La oscura sombra;
Que ¡ay!... si lo fuera
Dulcemente en mis brazos
Yo la meciera.

—

Quisiera ser la aurora
De la mañana,
Por entrar suavemente
Por la ventana;
Y á mi chiquita
Despertar con un beso
En su boquita.

—

Si yo me convirtiese
En un suspiro,
Fabricara en su pecho
Mi dulce nido;
Feliz sería;
Pues allí eternamente
¡Ay! viviría.

París 4 de Julio de 1878.

DELIRIO

—

El rutilante sol de primavera
Ilumina la bóveda del cielo,
Como ilumina tu radiante imágen
La inmensidad del fondo de mi pecho.

El ruiseñor repite en la arboleda
Las dulces notas de tu blando acento;
Y al oirlas el bosque se estremece
Con el placer de nuestro amor secreto.

La azucena al mirarnos extasiados
Nos ofrece en su cáliz santo lecho,
Para ocultar al mundo malicioso
Nuestros goces de místico embeleso.

Así, tus lábios dentro de mis lábios,
Junto á mi pecho tu ardoroso pecho,
Nuestras almas uniéndose en un ¡ay!...
Así vivir eternamente quiero.

Á ENRIQUETA

Si instantáneo es el amor
Su incendio al manifestar,
Es brillante en adornar
Al alma con su candor.
Mi don, pequeño en valor,
Indica simbolizado
Cómo tu amor ha adornado
El fondo del corazon.
Sí; muy pequeño es el don
Con el amor comparado.

Con tus ojos seductores
Mira el amor de mi alma;
Y verás un mar en calma
Esparciendo resplandores.
Con hechiceros colores
Brilla su inmensa llanura;
Porque en su fondo fulgura
En soledad peregrina,
La dulce imágen divina
De tu encantada hermosura.

Manila, Febrero. 1871.

EN UN ABANICO

—

Concha, si yo fuera el aire
De aroma y música rico,
Buscaría con donaire
El centro de tu abanico.
Entónces de noche y dia
Mi amor de tu amor sediento,
Con gozo se mecería
En el ámbar de tu aliento.

EN LA PRIMERA PÁGINA DE UN LIBRO

Á MI PADRE.

Desde ciudad insigne, llamada, padre mio,
La Atenas española, la madre del saber,
Mi afecto, mis recuerdos, mi alma yo os envío,
Con pena y con tristeza al no poderos ver.

No veros, padre mio, ni á vos ni á mi familia,
Mi corazon oprimen la angustia y el dolor;
Mas la oracion y estudio este dolor concilia;
Mitiga mi honda pena, la gracia del Señor.

Quisiera mi deseo, ansiara mi almo anhelo,
Por el inmenso éter cual águila correr;
Cual ella los espacios cruzar con ráudo vuelo,
Para alegrar mi alma, para poderos ver.

Mas ¡ah! señor, que tengo en mi alma un pensamiento,
Que vuela más aprisa que el águila caudal;
Que cruza los espacios más rápido que el viento;
Y en mi amor á vosotros me lleva su ideal.

Amor intenso y tierno, amor santo y gigante,
Amor que hasta vosotros á mi alma lleva en pos,
Amor que el firmamento, más firme y más constante,
Amor que tiene mi alma, más grande solo á Dios.

Con tal amor, queriendo serviros mi deseo,
Os doy este presente de amor hijo tambien:
Del inmortal *Josefo*, el fiél cronista hebreo,
La *historia* de la santa y gran *Jerusalen*.

Desque esta noble tierra doquiera que he pisado,
Con interés vehemente y anhelo la busqué;
Doquier para alegraros, por ella he preguntado:
Y tras de afánes tantos, con gozo la encontré.

Fué inmenso mi contento, inmensa mi alegría,
Al ver que en tal presente, yo os pudiera servir:
Mi amor os lo ha buscado, y mi amor os lo envía;
Cual hijo de mi afecto, debéislo recibir.

Solo por alegraros, señor, os lo presento;
Y no en su valor, padre, pareis vuestra atencion:
Mirad al ofrecerlo mi almo sentimiento;
Mirad mi amor vehemente, mirad mi corazon.

Seminario de Salamanca, 1871.

EN SUS DIAS

¿Por qué tan galana
Hoy rie la aurora,
Y dora su manto
De encanto el zafir?
¿Por qué me recrean
Más lindas las flores?
¿Qué olores al viento
Yo siento esparcir?

¿Por qué en verdes ramas
De armónicas aves,
Hoy suaves sus trinos
Divinos oí?
¡Mi amor, padre mio!
Del alba, flor y ave
El suave contento,
Yo siento por tí.

Hoy viste del mundo
La lumbre primera;
Do quiera te mira,
Y admira mi amor.
Te admira del alba
El rico tesoro,
Que en oro le torna
Y adorna el fulgor.

Y el manso arroyuelo
Que mueve adormido
Sin ruido, abundoso,
Hermoso cristal.
Flores de la orilla
Que en él se retratan;
Desatan en tanto
Su manto real.

Cual tú del arroyo,
De flor soy figura
Que dura su incienso
En denso jardin.
Cual lentas tus ondas,
Mis años resbalan;
Exhalan ternura,
Dulzura sin fin.

Los cielos te admiran,
É infunden en tu alma
La calma, precioso
Reposo del fiel.
Quietud, almo gozo
Ofrece á tu pecho,
Un lecho mullido
Florido vergel.

La virtud modesta
Que así te enriquece,
Te ofrece en sus frutos
Tributos de amor.
Y yo te celebro;
Y aquende los mares
Cantares levanto,
Y canto en tu honor.

Madrid 29 Mayo, 1872.

Á LINDO-VERA

—

Un instante suspende ¡oh Lindo-Vera!
El vuelo audaz del jóven pensamiento;
Dá á tu cuerpo reposo en la pradera,
Y oye el susurro encantador del viento;
Presta á sus ecos la atencion entera;
Y verás con placer, no es vano cuento,
Que ecos alegres la amistad envía
Al armónico son del arpa mia.

Cerca de la orilla plácida
Del Tormes tranquilo y manso,
Daba á mi cuerpo descanso
Sentado en bello jardin.
Su verde alfombra admiraba,
Como el cantar de sus aves;
Percibia aromas suaves
De clavel, rosa y jazmin.

Mis ojos embelesaban
Sus hechiceros contornos,
Recordando los adornos
De un pensil meridional.
Cuando percibo de súbito
Sordo un ruido de vuelo...
Miro... es paloma del cielo
Posada en verde rosal.

Pronto el silencio rasgando,
Prorumpió en estos acentos
Que repitieron los vientos
Del delicioso vergel:
«Hoy de Lindo-Vera es dia,
»Dia de ventura y gozo;
»Hoy canta con alborozo
»El laud más tierno y fiel.

»Vuele en su carro la aurora
»De placer poblando el dia:
»De la tierra la alegría
»Ruede hasta el giro del sol.
»La sombra de la tristeza
»No se vea en la natura;
»Con sus gracias la hermosura
»Envuelva el suelo español.»

Así fué de la paloma
El ameno y suave canto...
Ella al pecho dando encanto
Volvió á su pura mansion.
¿Entiendes la alegoría?
Pues dicho en vulgar idioma
La *amistad* es la *paloma*,
Y mi *arpa* su dulce son.

Salamanca 25 de Julio de 1873.

Á MARÍA

I.

Celeste flor del campo de Judea,
En cuyo cáliz el Amor suspira;
Palma de Cades que en el cielo ondea,
A cuya sombra el corazon respira;
Paloma celestial que á Dios recrea,
En su alto trono que el querub admira;
Perdona, Madre, si á tu sólio santo
Llegan las notas de mi tierno canto.

II.

Fecunda oliva que la paz augura
Sobre las aguas de la vida inquieta;
Luz que disipa la tormenta oscura,
Y cuyos rayos Lucifer respeta;
Vírgen excelsa de sin par dulzura
Que hirió mi pecho con veloz saeta;
Guarda tu imágen llena de alegría,
En medio de su altar el alma mia.

III.

Madre de amor, de celestial grandeza.
No hay sér alguno cuya voz profana
No empañe el explendor de tu belleza;
No puedo verte con mi vista humana
Sin anublar tu maternal pureza;
¡Tan alta está tu gloria soberana,
Que el mismo Creador de tu hermosura
Cautivado por tí se hizo criatura!

IV.

Vaso honorable lleno de azucenas,
Huerto cerrado do el placer se anida,
Dulce remedio de punzantes penas,
Bálsamo santo de mi triste vida,
Oiga tu voz; y sean las cadenas
Que tienen mi alma en el dolor transida,
Cadenas de dolor y de consuelo
Que trasporten mi sér del mundo al cielo.

Quiapo, 1869.

¿QUIÉN SERÁ?

—

Hay una niña tan bella,
Tan donosa y tan lozana,
Como la mágica estrella
Que fulgura en la mañana.
Su hermosura
Es hermosura sin par.
Oigo al mundo que murmura:
¿Quién será?

Es un ángel enviado
A lo inculto de la tierra,
Para aliviar á su amado
Con el amor que ella encierra.
Su dulzura
Es dulzura angelical.
Oigo al mundo que murmura:
¿Quién será?

Es un sér en donde habita
La virtuosa inteligencia,
Un sér con alma bendita
En la flor de la inocencia.
Su figura
Ni aun se puede imaginar.
Oigo al mundo que murmura:
¿Quién será?

Su aliento duerme en las flores,
Y hecho aroma nos lo envían;
Y anhelando sus colores,
Envidiosas se atavían.
Su frescura
No se puede marchitar.
Oigo al mundo que murmura:
¿Quién será?

Su nombre pronuncio á solas;
Todos saberlo pretenden,
Y le murmuran las olas
De la mar cuando se extienden.
Allí vive
En la murada ciudad.
Quien del corazon percibe
Los ecos, quién es sabrá.

Á M***

Aunque me ves ausente,
Niña adorada,
Tu amor llevo constante
Dentro del alma:
Y solo siento,
Que sin cesar con ayes
Me dá tormento.

Si alguna vez sintieres
Suave airecillo,
No lo deseches, niña,
Son mis suspiros:
Porque mi alma
Por tu amor suspirando
Las horas pasa.

No siente el pecho mio
Más que una cosa,
El adorar ausente
Su única gloria.
¡Ay! la tristeza
Sólo le dá el alivio,
Cuando se queja.

Cuando veas la luna
Lucir muy clara;
Recuerda cuando estábamos
En tu ventana.
¡Cuán presurosas
Huían de nosotros
Las dulces horas!

Recuerda mis palabras
Si ves el cielo;
Mira, te dije, tú eres
Aquel lucero;
Yo la estrellita
Que en la luz de tus ojos
Busco la vida.

Feliz me hallo en la tierra,
Niña encantada,
Porque amando te llevo
Dentro del alma.
Y estoy contento,
Como que pobrecillo
Me hallo en mi centro.

Aunque cantar me oigas,
Bien de mi vida,
No por eso imagines,
Tengo alegría;
Pues solo canto,
Por ver si de tu ausencia
Paso el mal rato.

Á SOLEDAD

Bella es la lumbre del cielo,
Dulces los ecos del mar;
Y me encanta de este suelo
El olor del azahar.
Pero entre tanta belleza
Tu nobleza
Resalta con su blason.
A juzgar por tus favores,
La fuente de los amores
Brota de tu corazon.

En los encantados valles
De las verdosas *Mariñas*,
Son un prodigio los talles
De las coruñesas niñas.
Coronadas de alelíes,
Las huríes
Pareceis del alto Eden;
Pero si entre ellas paseas,
Como la reina campeas
A los que amantes te ven.

Gallarda palma, tus ramos
Ofrecen sombra y quietud.
Los que á tu sombra habitamos
Vemos crecer la virtud.
Un amor tan delicado
No he encontrado
Ni lo encontraré, en verdad.
Nunca encontrara un asilo
Más venturoso y tranquilo
Cual me diera Soledad.

Coruña, 15 de Setiembre de 1871.

AL R. P. JUAN BAUTISTA BOMBARDÓ,

RÉCTOR DEL SEMINARIO CONCILIAR DE SALAMANCA.

—

Cuando en mi mente reina
La tristísima imágen
De aquella noche de feliz memoria,
En mi pecho el placer álzase altivo,
Y arder le siento como cráter vivo
De alborozo cubriendo mi existencia:
¡Recuerdo cuyo fúlgido destello
Corona tu magnánima clemencia!
¿Quién grabarle pudiera
En duro mármol y con letras de oro
Como late esculpido en mi memoria?
Cual la hoguera que el claro dia inflama,
Y ostenta en el zenit su luz brillante;
Tal en mi pecho tu amor vive triunfante,
Y el bálsamo de paz en mí derrama.

Yo sólo, y lejos de paternos lares,
De los soberbios mares
Venciendo la violencia,
Al puerto caminaba de la ciencia;
Cuando la noche extiende el negro manto;
El temido huracan al mar se arroja;
Y lo levanta en montes
Que se revientan con fragor y espanto;
Los roncos vientos en las olas zumban;
Y fúlgido relámpago allí brilla;
Y aquí ruedan los truenos rebramantes,
Que en el espacio cóncavo retumban.

El potente huracan en mi navío
Rugiendo en ira con furor se ceba;
O hácia al profundo abismo lo arrebata,
Senda abriendo en las olas espumantes;
O ya lo empuja al alto firmamento;
Y en escarpados montes de agua flota:
Ora se vé cubierto de apiñadas
Espumas, que figuran blancos valles;
Ora chocan en él rugientes olas
Que de espuma formando tersa nube
Con la lluvia humedecen las entenas;

Y se hunde, y sube, y vuelca y se desploma,
Y del bajel la quilla
Del fondo de la mar vé las arenas....

Tú de los vientos la ira venciste
Surcando el puerto del bienestar:
Sobre la orilla tú me pusiste
Cuando bramaba tremendo el mar.

Por tí la vida late en mi pecho,
Por tí he logrado la salvacion;
Toma, pues, Padre, aquí deshecho
En dulces notas mi corazon.

Si en apartados lares
En este suelo,
Tu amor me ha cautivado
Con tu desvelo,
¿El alma mia,
No te dará un tributo
De su armonía?

Por tus dulces cuidados,
Por tus mil dones,
¿Qué podrán ofrecerte
Los corazones,
De los que niños
A tu sombra alcanzaron
Tiernos cariños?

Pero tras esa bóveda
Del azul cielo
Está el Dios amoroso,
Todo consuelo,
Que bienes fragua,
Y no deja sin premio
Un vaso de agua.

Allá en la patria eterna
De eternas flores,
Y libre ya de enojos
Y sinsabores,
Cuando allá estemos
Con creces, padre amado,
Te pagarémos.

Recibe en tanto el pobre don que inmola
Un alma agradecida, á tí entregada
Allá en la antigua Atenas española
La madre un dia del saber buscada:
Hoy miserable, y olvidada y sola
Ocultando su faz avergonzada,
Porque las glorias que laurel la dieron,
Bajo sus sábias ruinas fenecieron.

Plegue á Dios este don el ráudo viento
Trasporte á tu mansion venciendo mares;
Mas tu saber no mire el tosco acento,
Ni el compás de mis gélidos cantares,
Sino del pecho ardiente el sentimiento
Con el cual cantaré do quier te hallares,
El tierno amor, la gratitud bendita
Que en este corazon por tí palpita.

Pierde el jardin su manto floreciente
A los rayos del sol en el verano;
Sécase al fin el líquido en la fuente;
De bramar cesa á veces el Oceano;
Cual rápido relámpago luciente
Brilla y se desvanece el bien humano;
Mas del amor la gratitud nacida,
Nunca se pierde, ni jamás se olvida.

Vigo, Julio, 1871.

EN EL ALBUM DE UN PINTOR FILIPINO.

—

Si con mágia y galanura
Pudiera yo aqui pintar,
Copiara á Manila hermosa,
Besando sus piés el mar.

Pintara en su ardiente playa
Dos *tagalos* que se adoran,
Con aquel amor de fuego
Que los de esta tierra ignoran.

Jóvenes los dos y amantes,
Hijos del pueblo oriental,
Si él es hermoso y gallardo,
Ella, dulce y celestial.

Bellas flores de la orilla
Que el *Pásig* cria amoroso,
Sampaguitas en pureza,
Champacas (1) en lo ardoroso.

Ellos con los ojos hablan...
Y en su mágico embeleso
Acércanse, y se confunden
Ambas almas en un beso.

Madrid 24 de Setiembre de 1870.

---

(1) MICHELIA CHAMPACA.—*Hojas* alternas lanceoladas, y algo vellosas. *Peciolos* cortos, alados en la base, nada más con dos membranas que abrazan al tallo y siguen despues libres y enrollados formando un cono. *Flores:* axilares, solitarias. *Cáliz:* una capucha cónica de una pieza que se rompe por un lado. *Corola:* de quince pétalos largos, lanceolados, retorcidos antes de la expansion de la flor; los de afuera, mayores. *Estambres:* pasan de treinta, fijos en la misma base de la columna de los gérmenes. *Filam.* cortísimos. *Antenas;* largas, aguzadas por ambos extremos, doblados hácia dentro. *Gérmenes* en mucho número, sesiles aovados, apiñados, puestos á lo largo de una columna, en donde forman un cono. *Estilos* ningunos. *Estigmas* doblados hácia afuera, y glandulosos por la parte superior. Muchas *cagillas* pequeñas aovadas, con un aposento, y unas cuatro semillas. Arbol de cinco ó seis varas, conocido en Manila y pueblos inmediatos. Se venden sus flores que son amarillas y olorosas, y cuyo largo es de más de una pulgada. Llámanlas con el nombre tagalo *sampac*. Las hojas tienen unas seis pulgadas de largo y dos de ancho.

(*Flora de Filipina*, por fray Manuel Blanco.)

CANTARES

1.

Llevo prendida en el pecho
De tu hermosura la flor;
Si arrebatármela quieres,
Arráncame el corazon.

2.

Ayer tarde preguntaba
Cuál seria tu valor;
Y respondió el alma mia:
¿Puedes poner precio al sol?

3.

Si mi corazon tuviese
Vidrieras de cristal,
Verias tu propia imágen
Grabada en su único altar.

4.

Si lágrimas fuesen perlas,
¡Tantas por tí he derramado,
Que fuera el hombre más rico...
Y ya me hubieras amado!

5.

Que me aborrezcas, permito;
Que me olvides, jamás quiero;
Pues con el ódio, en tí vivo;
Con el olvido, me muero.

6.

Juzga cuánto sufriré,
Que en vez de llorar, me rio;
Sigue dándome pesares
Que es mi dolor divertido.

7.

No me mires así, niña,
Con ese mirar extraño;
Ten compasion de este pobre,
que le estás asesinando.

8.

¡Cuántos besos tengo dados
A esa tu niña adorada!
—¿Qué dices?...—No tengas celos;
Solo fué con la mirada.

9.

Cuando un hombre apasionado
Besa una mujer bonita,
Decidme, sábios filósofos:
¿Por qué el corazon palpita?

10.

Mi amada duerme, y suspira,
Y en sus lábios de carmin,
Asómase una sonrisa;
¿Acaso pensará en mí?

11.

Mis hermanos están lejos,
Mis padres ¡ay! en la tumba,
Y tú me has abandonado...
¡Qué soledad tan profunda!

12.

Como el gas, niña mia,
Son tus miradas;
Que si pronto se encienden,
Pronto se apagan.

13.

Eres, mujer coqueta,
Como la dália;
Que tienes mucha vista,
Poca fragancia.

LA FELICIDAD

I.

En el valle de la vida
Busco anhelante una flor,
En cuyo cáliz de amor
Vive mi dicha escondida.

II.

La hallé cual era mi anhelo
Fresca, pura, encantadora,
Desplegándose en la aurora,
Más bella que el mismo cielo.

A mis lábios la acerqué,
Loco, de delirio ciego;
Mas ¡ay! como eran de fuego,
La bella flor marchité.

III.

¿Verá otra vez mi ventura,
La flor que mi dicha encierra?
¡Acaso brote en la tierra
Que cubra mi sepultura!

EL POR QUÉ

—

Sabes ¡oh Láura del alma mia!
Por qué mi pecho tu aroma ansía;
Y de tu encanto busca el tesoro?
Porque te adoro.

¿Por qué en mi mente grata fulgura
La dulce imágen de tu hermosura;
Y en tus hechizos mi vista inflamo?
Porque te amo.

¿Por qué á tu sombra las tristes horas
Resbalar siento tan seductoras
Y regaladas de himno sonoro?
Porque te adoro.

¿Por qué al mirarte mi pecho herido
De amor celeste siente un latido,
Y de mis ojos llanto derramo?
Porque te amo.

¿Por qué con penas la suave calma
Al contemplarte goza mi alma
Y entre gemidos tu amor imploro?
Porque te adoro.

¿Por qué velando tu aliento aspiro,
Sin breve pausa por tí suspiro,
Y hasta en mis sueños mudo te llamo?
Porque te amo.

Mayo, 1871.

CREACION DE LOS MARES

Dixit quoque Deus: Fiat firmamentum in medio aquarum: et dividat aquas ab aquis.

Congregentur aquae, quae sub cœlo sunt, in locum unum: et appareat arida. Et factum est ita. (Gén., I, 6 y 9).

El agua ruje ya: y en la ribera
Contempla el Criador su movimiento;
Con su soplo la impele; y altanera
En montes se levanta al firmamento,
Queriendo sumergir la tierra entera.
No puede continuar su atrevimiento;
Una fuerza el empuje la arrebata
Y el término al tocar se desbarata.

Ruidosa replegándose camina,
Por miedo al Criador entre la espuma;
Y al pretender correr, en blanquecina
Tela se envuelve de flotante bruma.
Entónces los planetas ilumina
La mano del Señor, potencia suma,
Y rasgada la niebla, en sus cristales
De lumbre se derraman los raudales.

Entónces vé á su Dios, y se refrena;
Y empieza á penetrar dentro las rocas,
Por los sombríos cóncavos serena
Su rumbo sigue, y multitud de bocas
Formando cada cual oculta vena,
La dá fácil salida. Mas, tú tocas,
Señor, la cumbre del peñon más fuerte,
Y en polvo tu potencia la convierte.

Entonces vé á su Dios, y temblorosa
Se adelanta á rendirle su homenaje.
Tribútale armonía majestuosa
Con el sublime són del oleaje,
Dios la manda; y escucha silenciosa
En muestra de sumiso vasallaje.
Acaba Dios de hablar; y ella se extiende,
Y arrastra cuanto al paso la defiende.

De los montes las cumbres ocultando,
El agua se extendía vencedora;
Sus ondas iba Dios equilibrando,
Que le siguen con voz atronadora:
Va á extender ya los mares; ordenando
Que reprima su fuerza destructora;
Las manda dividirse; y al momento
Vió cumplido Jehová su pensamiento.

Existen ya los mares; con inquietud ruidosa
Chocándose las olas en su carrera van.
La creacion entera los mira temerosa;
Acaso con sus aguas cubrirla intentarán.

Están aquí las aguas que anegarán el mundo,
Cuando á inflamarse llegue la cólera de Dios,
Por la maldita raza nacida del profundo,
Que busca los placeres de la maldad en pos.

Están aquí las aguas, que romperán su seno,
Al mando de un profeta del pueblo de Israel,
Y envolverán furiosas en medio de su cieno
Del rey de los egipcios el fúlgido dosel.

Señor, tu gloria admiro, y más tu omnipotencia,
Si al gobernar los mundos por el espacio vas;
Y de tu voz al trueno sujetas la violencia
Del mar, que al escucharla, vencido vuelve atrás.

—

Tu inmensidad supera los infinitos mares,
Abarca cuantos séres encierra su extension,
Y solo á tus acentos del orbe los pilares
Caerán pulverizados ¡oh Dios de la creacion!

Mar de las Indias, á bordo del vapor *Tigre*, Julio, 1871.

Á ZARA

(CANCION)

Música de D. Manuel Luna.

—

CORO.

Oye, niña amorosa,
Esta tierna cancion,
Que entre mil aflicciones
Eleva el corazon.

1.ª

Es mi dicha y placer,
Niña querida,
Publicar tus virtudes,
Cantar tu vida.

2.ª

El sol vierte en la tierra
Calor sin tasa,
Como tú, en mi pecho,
Amor que abrasa.

3.ª

En el hermoso cielo
Brilla la luna,
Cual tu pura belleza
Sin nube alguna.

4.ª

Asómate un instante,
Luz de mi cielo,
Y enseñarás la gloria
En este suelo.

5.ª

En el mar de la vida
¿Quién me salvara
Si tu mano un instante
Me abandonara?

6.ª

No me abandones, niña;
Ay! que muriera,
Si de tus lindos ojos
La luz no viera.

7.ª

Sal, niña, á tu ventana;
Vé á tu cantor;
Y abre tu hermoso pecho
Al dulce amor.

Á LAURA

—

Dulce tesoro del alma mia;
Flor que la España soberbia cria
En lo fecundo de su llanura;
Abre tus hojas; que el aura pura
Lleva en sus alas suave armonía.

Casta azucena de mis ensueños,
En cuyo cáliz duerme el amor;
Oye los trinos, cantos risueños,
Que sorprendiera á un ruiseñor,
Cantando alegre sobre una flor:

Angel de los amores,
Niña preciosa,
¿Dónde toma su tinte
Tu faz de rosa?
¡Tanta belleza,
Nunca prestó á los séres
Naturaleza!

Por estos valles do rueda el Miño,
Brotan encantos de flor en flor;
Mas en ausencia de tu cariño
Todas las flores con que me ciño,
Se tornan secas y sin olor.

Está la atmósfera llena de aromas
De los jazmines y de azahar;
En lo verdoso de aquestas lomas
Convida el árbol con ricas pomas;
Deleita el ave con su trinar.

Mas lejos de tu lado
Láura querida,
Vive entre mil primores
Mi alma afligida.
¡Tan linda eres!
Bien te llaman la perla
De las mujeres.

De aquestos mares junto á la orilla
El oleaje gusta mirar;
Vienen las olas, y sin mancilla
Montes de espuma, do tersa brilla
Rica en colores la luz solar,

¿Sabes qué forma con sus cambiantes
Cuando impalpable penetra en ella?
Es un misterio, no visto antes.
Forma tu nombre con mil diamantes;
Y le corona con una estrella.

Estrella que derrama
Luz de consuelo;
Y hace, como tus ojos,
Soñar el cielo.
¡Oh! ¡qué ventura,
Si alumbraran sus rayos
Mi sepultura!!...

La Guardia (Galicia), 1871.

. . . . . .

Vale más en este valle
Vivir en la oscuridad;
Conociendo la verdad
Quizá el corazon estalle.
Mientras se vive, guardamos
Dentro del pecho una herida;
La luz hiere nuestra vida;
Por eso al nacer lloramos.

Á LAURA [1]

—

Junto á la orilla del mar
Estando ausente de tí,
Tu adorado nombre oí
En las olas resonar.
De la luna al riclar
En aquella azul llanura,
Ví pintada tu hermosura;
Y al mirarla parecía,
Que con luz resplandecía
Nacida en célica altura.

(1) Hemos leido esta composicion con muchas variantes, algunas de ellas de consideracion, y sin disputa, de versos más armoniosos y más inspirados, en las varias copias que hemos tenido entre manos. Pero nos decidimos á publicar la presente, por ser la que hemos oido leer al eminente académico D. Manuel Cañete, en la sesion literaria verificada el 3 de Mayo de 1875 en el Ateneo cientifico, literario y artístico de Madrid.

En tan mágica ilusion
El alma toda arrobada,
Hallábase trasportada
A más sublime region.
Aspiraba el corazon
Aromas de nueva esencia;
Mas, súbito la violencia
De las olas bramadoras
Turbó tan plácidas horas,
Y ennegreció mi existencia.

Rugiendo la tormenta,
Al mar corría;
Y remota tu imágen
Brillar veia;
Y te adornaban
Con espumas las olas,
Cuando se alzaban.

Y al par que mar adentro
Te iban llevando,
El placer en mi alma
Se iba apagando;
Hasta que léjos
Ví disiparse el brillo
De tus reflejos.

Yo sólo entónces, sólo con las quejas
Escapadas del mar de mis dolores,
En llanto prorumpí: ¿por qué te alejas,
Y desoyes ¡oh Láura! mis clamores?
Angel consolador, ¿por quién me dejas?
¿O qué falta encontraste en mis amores,
Que así en la aurora de la dulce vida
Quieres dejarme sin tu luz querida?

Por tí el encanto del Eden perdido,
Por tí el hechizo del amor gozaba;
Mi amante corazon de pena henchido
Al escuchar tu voz consuelo hallaba.
Ay! yo en tu faz, á tu fulgor rendido,
La hermosura del cielo contemplaba;
Tú trocabas ¡oh Láura! mi amargura
En dicha, en gloria, en sin igual ventura.

Mi herido pecho de dolor se parte;
Vuelve la vista á mí; ven con presteza;
Ven, mi dicha mayor es admirarte;
Mi gozo ver tu virginal belleza;
Y mi gloria á tus plantas adorarte,
Y aspirar de tu aliento la pureza....
Deja que ansioso por tu amor delire,
Deja otra vez que junto á tí suspire.

San Sebastian, 19 Julio, 1873.

LA CRUZ.

I.

Nació Alejandro; su potente lanza
Al ronco grito de incesante guerra
Cubrió de luto y ruinas y matanza
Cuanto entre el Ister y entre Sindh se encierra.
Murió Alejandro; y á su gran pujanza
Estrecha fosa concedió la tierra,
Y él y su lanza y su poder temido
Se hundieron en la sima del olvido.

II.

Cruzaron el espacio en ráudo vuelo
Las águilas que Roma ostentó un dia;
Cuanto cobija el anchuroso cielo
Sintió de su poder la tiranía.
Hundióse Roma; retembló su suelo;
Se escuchó el extertor de su agonía;
Y esparcieron sus restos funerales
Del Septentrion los recios vendabales.

III.

¿Qué se hicieron los ínclitos varones
Que legaron sus nombres á la historia?
¿Dónde encontrar los régios panteones
Que guardan sus cenizas y memoria?
¿Dónde está con harapos y girones,
Cual leve resto de su antigua gloria,
La clámide á sus hombros suspendida
Más en sangre que en púrpura teñida?

IV.

Todo despareció: tan sólo un trono
De cien edades sobre el polvo inerte
Resiste inmoble al infernal encono,
Y á los rudos embates de la suerte.
Crece su gloria al par que su abandono,
Más es que el mundo y que sus furias fuerte,
A sus piés veinte siglos han pasado,
Y sigue el Rey, y sigue su reinado.

V.

¿Sabeis dónde se vió por vez primera?
Del sacrosanto Gólgota en la cumbre.
¿Quereis saber las leyes con que impera?
Son de amor, de humildad, de mansedumbre.
Por él doce hombres alzan la bandera
Retando á la enemiga muchedumbre.
¿Sabeis qué quieren en su ardor profundo?
Cambiar la faz del universo mundo.

VI.

Ellos son, allá van sin más arreos
Que el calzado y bordon del peregrino;
Ellos son, allá van, arde en deseos
Su pecho hoguera del amor divino;
Ellos los pescadores galileos,
Allá van cada cual por su camino;
Hombres son de entre el pueblo despreciado,
Y apóstoles de un Dios crucificado.

VII

Ante su vista en el espacio inmenso
Que descubre su ardiente fantasía,
Ven entre nubes de aromado incienso
Los dioses que abortó la idolatría.
De esclavos viles el rebaño denso
Sujetos á nefanda tiranía,
Y entre bosques de picas apiñados,
Los monarcas del mundo y potentados.

VIII.

Y cien cadalsos ven en el vacío,
Levantando sus moles altaneras
Y ven el hacha y el ecúleo impío,
Y los potros, los hierros, las hogueras,
Y escuchan de los circos el gentío,
Mezclando su rugir al de las fieras;
Mas al ver los aprestos del combate
Su noble corazon con fuego late.

IX.

Que aunque siembren de espinas su camino,
Y á palmos les disputen el terreno,
Cumplirán como bravos su destino,
Predicando la ley del Nazareno.
¿Quién se opondrá al espíritu divino
De que su corazon se siente lleno?
¿Y á la cruz santa que en sus diestras brilla,
Quién habrá que no doble la rodilla?

X.

¡La Cruz! esa es la luz que los encanta
Por los tristes desiertos de la tierra.
¡La Cruz! esa es el arma sacrosanta
Que les hace invencibles en la guerra,
Cuando erguida en sus manos se levanta
Los más alzados ídolos aterra;
Y los soberbios templos do se encumbran
Vacilan á su vista y se derrumban.

XI.

Con ella cada paso es un prodigio,
Tras cada lucha un triunfo, á cada hora
Cede el de Tracia al celestial prestigio,
Y el de Etiopía con pasion la adora,
Y el Ateniense sábio, el muelle Frigio,
El que de Libia en los desiertos mora,
El que se apoya en pérsicos divanes,
Y el que enfrena soberbios alazanes.

XII.

Y llevan sus influjos salvadores
A los centros del lujo y monopolio,
A las chozas de humildes labradores,
De los romanos Césares al sólio;
Y hacen brillar sus célicos fulgores
Sobre el negro fronton del Capitolio,
Enclavando la cruz con heroismo
En medio el corazon del paganismo.

XIII.

Y triunfarán de los verdugos fieros,
De diez persecuciones al estrago;
De las uñas de lobos carniceros,
De falaces serpientes al halago;
Y aunque derramen, embotando aceros,
Para ahogar la verdad, de sangre un lago,
Que si la cruz al lago es arrojada,
Sobre el lago de sangre, sobrenada.

XIV.

Y vencieron: y el Lábaro divino,
Presagio de una gloria verdadera,
Hizo triunfar al par que á Constantino
La causa santa del que en Él muriera,
Y tuvo desde allí mejor destino
El que un suplicio vil tan sólo fuera,
Brillando con fulgores celestiales
En las mismas coronas imperiales.

XV.

Arbol de vida, místico madero
Donde reina el Señor de los señores,
Al pié de cuyas ramas el viajero
Mitiga del camino los ardores,
Lecho de las esposas del Cordero,
Centro de sus purísimos amores:
¡Oh dulce cruz donde Jesús espira!
¿Quién no te adora, si una vez te mira?

XVI.

¿Quién se arrojó á tus piés, que no sintiera
La pasion sosegarse que le agita?
¿Quién no halló en tí la calma verdadera
Que anhela el pecho que de amor palpita?
¿Quién morirá si en tu virtud espera?
¿Quién no querrá abrazarte, oh cruz bendita?
¡Hacecillo de mirra regalado
Que nos dejó en recuerdo nuestro amado!

XVII.

Altar sagrado de su amor objeto,
Cuando Cristo en sus brazos te estrechara,
Dinos, ¿no te besó con el respeto
Que besa humilde el sacerdote el ara,
Cuando enclavado en tí y á tí sujeto
Por nosotros su sangre derramara?
¿No te ungió con su sangre y te hizo leve
Al que en sus hombros por su amor te lleve?

XVIII.

¡Feliz el alma que la cruz adora
Siguiendo amante de Jesús la huella!
¡Feliz el que la mira cuando llora!
¡Ay! parece entre lágrimas tan bella!
¡Feliz quien llega á su postrera hora
De piés y manos enclavado en ella,
Y espira donde Dios espirar quiso,
Y pasa de la cruz al paraíso!!....

MARGARITA.

PERSONAJES.

MARGARITA.
LEONOR, *su madre.*
CONSUELO.
RAFAEL, *padre de Margarita.*
FERNANDO.
ARTURO, *marqués de.....*
PABLO.
SANTIAGO.

La accion del primer acto pasa en Madrid.

Derecha é izquierda la del espectador.

MARGARITA.

DRAMA EN TRES ACTOS.

ACTO PRIMERO. (1)

El escenario representa un magnífico jardin adornado con mucho gusto y lujo. A la derecha del espectador y en primer término, la fachada de la casa; en segundo, un kiosko. A la izquierda, una verja de hierro que forma el cercado, donde está la puerta de salida. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, *dentro, y* ARTURO, *fuera del cercado.*

ART. Perdone V., si muchas veces ofendo su modestia. Es un impulso irresistible el que me obliga á proceder de este modo. Hácia V. me arrastra el destino. Créame V., Margarita, yo la amo, como ninguna mujer ha sido amada.

(1) Publicamos únicamente el acto primero de éste drama, tanto porque los tres aumentarian el volúmen demasiado, cuanto porque en el caso de llevarse á la escena, el interés desapareceria con la publicidad.

MAR. ¡Cuántas veces habrá V. dicho lo mismo! (Con cierto desden.)

ART. ¡Oh! no hable V. así. V. es la más hermosa del mundo; mi alma solo busca lo perfecto. (Con fatuidad.)

MAR. Merecida es la fama que tiene V. de galante.

ART. Ahora no soy más que justo. Acepte V. mi mano, Margarita; acepte V. mi corazon. Yo le proporcionaré la felicidad. Si V. desea riquezas, tendrá palacios, joyas y cuanto apetezca. Si honores, yo tengo títulos para V.; vivirémos rodeados de encantos y placeres; solos, sin testigo alguno, hallarémos el paraíso en la tierra.

MAR. Nada de honores, ni de riquezas ambiciono. Aun cuando estuviese en la miseria, viviria dichosa con tal que mis padres me viesen á su lado. ¡Ah! ¡si estuviera separada de ellos... ni en el mismo cielo seria feliz!

ART. Pues prometo, téngalo V. por seguro, que con sus padres vivirémos siempre, si V. me concede un lugar en su corazon.

MAR. ¡Mi corazon!... ¡Si ya no tengo corazon!

ART. No me responda V. tan cruelmente; no me empuje V. al abismo de la desesperacion; el amor despreciado, con facilidad se convierte en ódio; y el ódio es como el dardo; nunca retrocede en su camino.

MAR. Espero que la virtud no producirá el mal, y el amor es el orígen de todas las virtudes.

ART. Y fuente de todo crímen.

MAR. Pero V. es bueno y generoso. ¿No sabrá perdonarme un delito del que yo no tengo la culpa? ¿Depende por ventura de mi voluntad el poder amarle?... (Hace un movimiento como para salir; pero se detiene.) ¡Oigo pasos... He sido complaciente con V. en lo que de mi albedrío dependía. Me pidió V. esta cita y se la he concedido, á pesar...

ART. De esta cita depende el porvenir del padre de V., Margarita; si V. pronuncia contra mí una sentencia de muerte, muerte habrá para todos. Mi venganza será sangrienta.

MAR. No lo creo, no lo creo; V. es bondadoso.... disimule V..... (Váse al kiosko.)

ESCENA II.

ARTURO, *solo.*

Es la primera mujer que me ha desdeñado. Su desden aumenta mi pasion, y cuanto más indiferente se muestra conmigo, crece más, como los bramidos del mar se aumentan, cuanto más dura es la peña que sus olas azotan. Yo creia que siendo noble y

rico, con solo alargar la mano podria coger las más preciadas flores del jardin de la vida. El ódio me irrita... (Alejándose precipitadamente.)

ESCENA III.

LEONOR *y* RAFAEL, *bajando al jardin.*

LEO. Abandonemos presto esta tierra. ¿No te amedrenta el ejemplo de nuestros amigos? ¿Quién puede impedir que un mal intencionado te calumnie, ó sin calumniarte, denuncie que eres liberal? Es difícil librarse de un traidor.

RAF. Quedo, Leonor, no te oigan. (Con sobresalto.) Te lo repito por última vez. Dentro de unos dias dejarémos esta villa. No necesitas convencerme. Estoy persuadido de que no hay aquí seguridad para las personas. Pero no puedo dejar mis negocios en el estado en que se encuentran: atendidos, nos proporcionarán una buena fortuna; abandonados, fatal ruina. Calma tu inquietud: lo más que podremos estar aquí son tres dias.

LEO. ¡Tres dias!... Es mucho, para que no se perturbe nuestra felicidad. ¿Quién sabe si en este mismo momento algun envidioso de nuestra suerte está labrando para nosotros la desdicha? Yo no sé qué negros presenti-

mientos me asaltan. Paréceme que nos persigue y casi nos alcanza el infortunio.

RAF. Me alarmas tanto, que me robas el valor de que necesito revestirme.

LEO. Quiera el cielo que esa alarma te haga apresurar nuestro proyecto de emigracion. Calomarde se complace en ver padecer; Chaperon se recrea en prodigar la injusticia y la crueldad. Cada vez que oigo las palabras familiares de esta época: «¡Muerte! ¡Destierro!» cada vez que pienso en que la dicha de vernos tan amorosamente juntos, puede turbarse por cualquier motivo, ¡ay, Rafael! me estremezco y tiemblo como en el árbol la hoja. Y tiemblo más bien por tí, por tí á quien quiero más que á mi vida.

RAF. ¡Separarnos! ¡Oh, nunca, nunca lo permita el cielo! Dios no querrá separarme de tí, ídolo mio, y de nuestro santo lazo, Margarita. Sois mi único pensamiento, mi corazon, mi vida. Si arrostro el peligro con firmeza, si no temo las persecuciones de mis adversarios, si bendigo mis afanes, es porque respiro vuestro aliento y trabajo por vuestro bienestar. Separarme de vosotros seria darme la muerte!

LEO. Y sin embargo, es muy fácil que suceda. Cuando sales á la calle, ¿quién me asegura tu vuelta? ¿Quién me asegura que el *adios*

que te doy no será el postrero? (Con amargura.)

RAF. No seas tan exagerada. Necesito ver á mi amigo, precisamente para aligerar la marcha de mis asuntos. Dentro de media hora estaré otra vez á tu lado, Leonor mia.

LEO. Déjalo; déjalo todo: más perderémos si no te volvemos á ver.

RAF. Vaya, (Cortando la conversacion, se aleja apresuradamente) adios. (Dirigiéndose á la calle.)

LEO. Vuelve pronto.

ESCENA IV.

LEONOR, *sola.*

Vivo inquieta: presiento desgracias y veo amenazadoras nubes de tormenta en el cielo sereno de este hogar. No sé qué tristeza oscurece mis alegrías. (Entra en la casa.)

ESCENA V.

MARGARITA *y* CONSUELO, *vienen de la parte del kiosko recogiendo flores.*

MAR. Acudí á la cita porque prometió hablarme de un asunto importante para nuestro padre. De otra suerte no lo hubiera hecho.

CON. Considera que es un enemigo temible:

cuenta con relaciones poderosas y su venganza seria de graves consecuencias.

MAR. No se vengará; tiene buen corazon: ¿no dices tú misma que me quiere? si es verdad, no le temo.

CON. Un mes ha pasado desde que te persigue: en la iglesia, en el paseo, en el teatro... en todas partes le vemos: es nuestra sombra. Su mirada es ardiente y apasionada; mucho te debe querer. Quien tanto quiere, merece que se le quiera algo.

MAR. No tengo más que un corazon, y este no sabe amar con medida.

CON. (Aparte.) A las ingratas siempre se les prefiere. (Con intencion.) Qué diferencia entre el gallardo marqués y ese tímido Fernando. (Aparte.) Que padezca un poco.

MAR. No hables así. (En tono de reconvencion.)

CON. No sé qué gusto tienes de preferir un empleadillo á un marqués, un cualquiera á un noble, un pobreton á un rico como Arturo.

MAR. ¿Quieres disgustarme?

CON. ¿Por qué?

MAR. Pues entonces, ¿para qué me martirizas?

CON. Pero lo que digo es la verdad: no porque yo la diga, sino porque es evidente. Eres muy tonta.

MAR. Déjame en paz con mi tontería. Disfruten otras los títulos, honores y riquezas del

marqués: yo me contento con la modestia y pobreza de Fernando. Él me ama y yo le correspondo, ¿qué mayor felicidad?

CON. (Aparte.) Ignoras el daño que me haces. (Alto.) Segun dice nuestro padre, dentro de poco volveremos á Francia; mientras tanto, ¿por qué no toleras al marqués, cuyo despecho de verse contrariado, puede causarnos lamentables desgracias? ¿Por qué no finges....

MAR. Calla: yo no sé fingir.... Fernando me vé constantemente.... Mírale... (Señala la calle.) hácia aquí viene. (Se dirije hácia la puerta de la verja.)

CON. (Aparte.) Para mí se acerca la fortuna con piés de plomo, y aunque la llamo, nunca llega; (con envidia reconcentrada) para ella tiene alas y la acaricia.

MAR. ¡Qué casualidad! Hasta la casualidad me proporciona alegrías. Nuestros corazones palpitan con alegría embriagadora; son como estas dos flores (enseña las que tiene en la mano) que brotan de una misma rama, como dos gotas de rocío que se confunden en el cáliz de una flor. Qué contenta estoy, hermana mia, (vuelve donde se halla Consuelo y la abraza.) regocíjate tambien, ¿no gozas al verme alegre?

CON. (Rechazándola nuevamente: aparte.) ¡Oh qué

tormento! (En vóz alta.) Qué feliz eres!

MAR. Sí, Consuelo mia: (Con expansion) siento una satisfaccion indecible.

CON. (Aparte.) Mientras que yo vivo desesperada.

MAR. Creo que esta alegría es amor..... la felicidad, la vida.

CON. (Aparte y dirigiéndose al kiosko.) No puedo soportarla. Para ella es la vida, la muerte para mí, pobre niña recogida en medio de un arroyo. (Con despecho y rencor.) Nací en la misteriosa union de la noche y el huracan: la sombra de la noche fué mi luz, los rugidos del huracan mecieron mi cuna. ¡Noches oscuras y sordas tempestades solo quedan para mi corazon! (Váse al kiosko.)

ESCENA VI.

FERNANDO *y* MARGARITA.

MAR. (Dirigiéndose á Fernando.) Mi padre ha salido... (Como indicándole que se quede.) pronto volverá.

FER. Necesito verle... esperaré, ¿no es verdad? (Margarita hace una señal afirmativa, repara si la ven y se acerca á Fernando.)

FER. ¡Cuánto placer siento en el corazon! El gozo lo inunda: sin duda porque hoy más que nunca me amas, ¿no es cierto? (Interpretando mal el silencio de Margarita.) ¿Con que

he sido demasiado venturoso? ¡Yo habia creido que tú me amabas! ¡Ay! huyó toda esperanza, toda felicidad... todo se acabó para mí. (Con amargura.)

MAR. Fernando mio, ¿por qué dices que no te quiero?

FER. (Con pasion.) ¡Ah! ¿por qué tardaste tanto en pronunciar esos dulcísimos sonidos?

MAR. Era demasiado feliz y no podia hablar: sólo cuando me conmovió tu dolor, hallé voces para responder á tus palabras. Cuando te oigo me enmudece la alegría.

FER. Prosigue... no ceses de hablar... (Con exaltacion) porque cuando escucho tu acento, me parece que el cielo se entreabre, y aun cuando esté sumido en un infierno de tormentos, cesa entonces el dolor de mi corazon. Con una palabra que brote de tus lábios, llenas mi pecho de dulzuras inefables.

MAR. ¿Por qué nos vemos tan pocos instantes? (Con candidez.) He resuelto decirle á mi madre que te amo... no pasará este dia sin que ella lo sepa... asi podremos hablar más tiempo.

FER. No; más tarde será mejor.

MAR. (Temerosa.) Vienen... No... es el rumor del aire que acaricia las hojas. (A Consuelo se la habrá visto sacudir las hojas y esconderse.) ¿Por qué esa insistencia? Tres meses há que

nos conocemos, y siempre me dices más tarde.

FER. Sí; tres meses há que te conocí, tres meses que tus miradas son mi delicia, tu sonrisa mis placeres, tu aliento mi existencia. Mi amor dormia en el fondo de mi pecho, y tú le despertaste: mi vida, apagada, desde entónces, arde como llama inextinguible.

MAR. ¿Por qué deseas que mis padres ignoren nuestra ventura? ¡Se pondrian tan contentos! ¡Ah! es que tú no quieres estar á mi lado y me engañas con tus palabras.

FER. No te engaño: créeme, alma de mi alma. ¿Ves esta alegría que se manifiesta en mi rostro? ¿Esa luz esplendorosa que nos ilumina? ¿Son verdaderas? Pues así, así lo son las palabras de mi boca. ¿Cómo no he de querer estar junto á tí, si junto á tí resbala mi vida dulcemente? ¡Pluguiera al cielo que en cada instante que pasa volara un año de mi existencia!

MAR. Calla, calla.

FER. ¡Un año pasado junto á tí! ¡Qué felicidad! Tú no comprendes bien estas palabras como yo las siento.

MAR. ¡Cómo no, si me domina igual sentimiento!

FER. No, no las puedes entender como yo. Tú no conoces la aurora serena despues de una

noche tempestuosa: tú no has visto un brillante rayo del cielo, entre negras sombras del infierno. Cuando me separo de tí, ¡ay, Margarita mia! el dia magnífico se anubla, se oscurece, y noche sombría envuelve toda mi existencia. ¡Qué de tormentos y qué desesperacion!

MAR. ¡Tambien padezco yo! Ausente de tí, los segundos me parecen siglos, y mientras te hablo, ¡cuán velozmente pasan las horas!

FER. Tuamor es un rio que se desliza mansamente y mi amor es un mar agitado. No compares las agitaciones de los rios con las agitaciones del Océano.

CON. ¡Si pudiera interrumpirles! (Sale de pronto del kiosko y se esconde otra vez.)

MAR. Creo que vienen... (Fernando y Margarita miran por todos lados.)

FER. Sí... No... Se me figuraba tambien oir unos pasos...

MAR. ¡Ay! esto no es vivir. ¡Siempre recelar! ¡siempre temer! ¿Y tú quieres vivir así, siendo tan fácil el remedio? ¡Si mis padres me quieren mucho! hacen todo lo que yo quiero: se alegrarian de saber mi dicha.

FER. Advierte que aún no soy nada... un simple empleado...

MAR. No digas eso, que ofendes á mi buena madre. Ella constantemente me enseña que

ame á los pobres como á mis hermanos, que sólo hay desigualdad entre el vicio y la virtud, entre un amor vergonzoso y un amor puro.

FER. (Aparte.) ¡Qué suplicio!

CON. (Sale del kiosko.) No me hacen caso. (Margarita la vé.)

MAR. Estoy inquieta porque no lo sabe; se me figura que la ofendo mientras hablo contigo... ¡ofender á una madre tan buena! ¡que me quiere tanto!

CON. Se acerca nuestra madre. (Con este aviso, Margarita deja á Fernando y se dirige con Consuelo al kiosko.)

MAR. Voy á concluir los ramos que me ha mandado hacer. (Reconviniendo á Fernando mientras se aleja:) No vés, por tí nos separamos. Adios... ingrato!

ESCENA VII.

FERNANDO, *sólo*.

¿Y seré yo quien ha de empañar ese espejo purísimo, donde los ángeles se miran?... (Pausa.) No, no seré yo quien extravíe los pasos de la inocencia que tranquila se dirije al cielo.... (Pausa.) ¡Qué tormento! despues de tanto luchar, ¡á la orilla, morir ahogado!... No hay otro remedio... separa-

cion, ausencia.... (Con profunda amargura.) La dicha no es para mí. Pegado á la tierra qué hermoso es levantar la vista y contemplar ese cielo azul de venturosas esperanzas! Mas infeliz de aquel que intenta tocarle con las manos para descorrer su magnífico pabellon! ¡Ay! sólo encontrará el desengaño, el vacío!... (Con desesperacion.) ¡Oh Lucía, Lucía, tú me matas!... ¿Por qué no podré romper tus lazos?

ESCENA VIII.

FERNANDO *y* LEONOR, *que baja al jardin.*

FER. Buenos dias, señora.

LEO. Buenos, Fernando. ¿Qué tiene V.? ¿Sucede algo grave?

FER. (Aparte.) Habrá conocido mi agitacion. (A Leonor.) Nada que yo sepa.

LEO. Le veo tan pensativo.

FER. Estaba pensando... en los sucesos del dia.

LEO. Ya; en las nuevas atrocidades que....

FER. Sí, señora. Juzgue V. si es ó no para preocuparse sériamente lo que hacen estas gentes. Chaperon acaba de condenar á la horca varios jóvenes; á uno porque le ha visto aplaudir en el Congreso; á otro porque estando beodo dió un viva á la Constitucion; á otro....

LEO. No concluirán sino con la muerte de todos. Esta situacion es cada vez más insufrible. Nadie puede vivir aquí tranquilo.

FER. Oh sí, señora: la virtud más pura no puede estar á salvo del golpe secreto, como no puede estarlo del miasma invisible. Estamos cercados de espías. Nos espía el ave que vuela sobre nuestras cabezas, el aire que nos vivifica... y la menor denuncia engendra la muerte.

LEO. Repita V., repita V. eso mismo á mi marido. Anímele V. para que acelere nuestro viaje....

FER. (Aparte.) El cielo me proporciona la ocasion.

LEO. ¿Qué importa que no se ocupe de política, si la envidia de sus adversarios se adelanta? Muchos codician su fortuna, y quién sabe....

FER. Tiene V. razon, señora. Nadie que pueda emigrar, debe quedarse aquí. Los calabozos tragan más gentes que los sepulcros durante una epidemia: en todas partes solo se ven siniestros cuervos que aletean y ennegrecen nuestro limpio cielo.

ESCENA IX.

DICHOS *y* RAFAEL, *que vuelve de la calle.*

RAF. Una gran noticia traigo para tí, Leonor

mia. No faltan más que dos dias. Hemos ganado uno.

LEO. ¡Dos dias aun de agonía!

FER. (Aparte.) ¡Dios mio... tan pronto!

RAF. Qué viento nos le trae por aquí tan de mañana?... (A Fernando.)

FER. Una carta cuya contestacion espera mi jefe con urgencia. (Entrega una carta que lee para sí Rafael.) (Aparte.) Me apartaré de ella... no volveré más.... El cielo la proteja!

RAF. Sí, sí; diga V. á D. Estéban que lo haga sin pérdida de tiempo. Lo confio todo á su clara inteligencia y á su buen corazon. Mañana mismo partirémos todos. Ya puedes alegrarte, Leonor.

LEO. Bendito sea Dios, que me ha oido!

FER. ¡Mañana!... Dice V. que mañana! (Buscando aturdido su sombrero.)

RAF. Sí; dígaselo V. á D. Estéban; mañana dejarémos mi familia y yo esta tierra abrumada con el peso de la tiranía.

FER. (Aparte.) Separarme de ella tan pronto!... ¡Ah! mi corazon se parte... mi cabeza quiere estallar. (Se apoya en el cercado.)

LEO. ¿Qué tiene V... se pone V. enfermo? (A Fernando.)

FER. No es nada.... Gracias.

LEO. ¿Cómo nada... si está V. pálido, desencajado....

FER. Son unos vahidos de que padezco....
RAF. ¿Quiere V. algo?
FER. Gracias... ha pasado ya....
RAF. Qué gracias; con franqueza.
LEO. Sin duda sufre V. mucho.
FER. Mucho, señora.
LEO. ¡Pobre Fernando! ¿cómo nunca nos ha dicho nada?
FER. ¡Cuán buena es V.! Es un... perdonadme; (A Rafael.) voy corriendo á dar vuestra contestacion á mi jefe.
RAF. Déjese V. de contestaciones: repóngase ántes: lo primero es lo primero.
FER. No, no; estoy tranquilo ya.
LEO. Descanse V. un momento.
FER. Gracias. (Al tiempo de irse vé á Margarita.) Ella!... (Váse.)
MAR. (Aparece en el kiosko.) No estoy satisfecha si no recojo su última mirada.

ESCENA X.

RAFAEL *y* LEONOR.

LEO. ¡Pobrecillo! Si no fuera por este incidente seria enteramente feliz. No me podias haber dado mejor noticia. Mi corazon salta de alegría.
RAF. Cuando así te veo, siento inmensa dicha.

No hay placer mayor que el de estar á tu lado.

LEO. Sobre todo cuando hay seguridad de no perder tanta ventura. Porque verte, oir tu voz, respirar tu aliento, recrearme en tu amor. ¡Oh! ese es mi único paraíso, quiero que Margarita y Consuelo participen de nuestra felicidad, voy á decirlas....

ESCENA XI.

RAFAEL, *solo.*

¡Cuán hermosa y buena es! Mi alma siente aun más que el influjo de sus bellezas, el de sus virtudes. Todo es fortaleza en el cumplimiento de sus deberes, como toda emocion y lágrimas ante el dolor y la miseria. Con tenerla á mi lado, Dios me favorece. Dentro de una hora recibiré cinco mil doblones. ¡Cinco mil doblones ganados honradamente! ¡Bendito sea el Señor que recompensa mis fatigas, que bendice mis intenciones!

ESCENA XII.

RAFAEL *y* MARGARITA, *que sale del kiosko.*

MAR. (Acabando de arreglar dos ramitos que trae en las manos.) Ya están bien. ¿Te gustan, padre mio, estos ramitos?

RAF. Son preciosos. ¿Quién los ha hecho?

MAR. Me los ha mandado hacer mi madre. Qué alegre se vá á poner cuando los vea. Tú se los entregarás para que le parezcan mejores.

RAF. ¿Y por qué?

MAR. Porque te quiere mucho, y con los ojos del cariño se vé todo más hermoso.

RAF. Pues qué, ¿por ventura crees que tu madre no te quiere tanto como á mí?

MAR. Así lo creo; pues bien, duplicarémos su alegría, tanto mejor para ella; tú le entregarás uno, yo el otro.

RAF. ¡Qué hermosa eres!

MAR. Siento no serlo más para aumentar tu cariño. Pero tú me querrás tal como soy.

RAF. ¿Cómo no he de quererte si eres mi ángel de consuelo, el primer acento de la armonía de dos almas que se adoran, la celeste flor que nos sirve de altar, nacida al primer arrullo del himno de mis amores? ¡Loado sea el cielo que me hace gozar contigo de tanta felicidad!

MAR. ¡Dios de mi alma, qué padres te debo! ¿Qué penas hay en el mundo á vuestro lado? Era mi único dolor cuando estaba en el colegio, no ver á mis padres, no sentir sus caricias. ¡Con qué anhelo esperaba el dia de visitas para abrazaros! Y vosotros no obstante me dejábais luego sin compasion.

RAF. Era sólo por tu bien. ¿Quién te asegura que al separarnos nó sentiamos más qué tú? olvidan los hijos á sus padres; pero los padres á sus hijos, jamás. Sí, créeme, era sólo para tu bien: por eso bendeciamos el sacrificio. ¡Quién sabe si algun dia llegarás á necesitar de lo aprendido! Tejen el hilo de nuestra existencia el acaso y el plan: este nos obedece, aquel nos manda: miéntras el uno busca la luz de nuestra direccion, el otro nos arrastra á la oscuridad de lo impensado. ¡Felices los corazones inteligentes que se han templado para recibir el golpe de los reveses de la fortuna!

MAR. ¡Qué bien hablas, padre mio! Tu voz penetra en mi alma y la llena de alegría. No entiendo las amarguras de la vida, si estoy á tu lado. La alegría es permanente... eterna.

RAF. Y sin embargo: los dias de la vida son cortos y fugaces: los dolores y pesares quedan: solo la alegría tiene alas.

ESCENA XIV.

DICHOS, PABLO *y* SANTIAGO, *agentes de policia.*

PAB. ¿Es V. D. Rafael de Mendoza? (Con aspereza.)

RAF. Sí... ¿Qué quiere V.? (Consternado.)

PAB. Venga V. con nosotros.

RAF. ¿A dónde?

PAB. ¡Toma! ¡á dónde sino á la cárcel! (Con ironía.)

RAF. ¡A la cárcel!! Yo... ¿por qué? (Aturdido.)

MAR. (Abraza estrechamente á su padre y con indescriptible espresion de ternura y de dolor.) Padre de mi alma, separarte de mí, jamás, jamás!

RAF. ¿Habeis dicho que á la cárcel?

SAN. Sí señor.... Síganos V.

MAR. (Abraza con más fuerzas á su padre y entre sollozos y lágrimas dice:) Jamás te apartarán de mi lado!

PAB. No hay remedio. (Con imperio.)

RAF. A la cárcel. (No queriendo creer la realidad.)

MAR. ¡Tengan VV. misericordia de nosotros! (Dirigiéndose á los agentes con acento de desesperada súplica.)

PAB. Pronto; tenemos mucho que hacer.

RAF. Déjenme VV. unos momentos. Voy.... (Maquinalmente.)

PAB. Ni uno solo: es forzoso seguirnos.

MAR. Yo te acompañaré: llévame, padre mio.

RAF. (Recobrando un poco de entereza.) No te asustes, hija mia... esto no será nada.... Vela por tu madre....

ESCENA XV.

Dichos y LEONOR.

MAR. (Sin soltar á su padre, dice á Leonor:) ¡Madre, le llevan á la cárcel!

LEO. Es inocente. ¿Por qué le quereis llevar? ¿qué es lo que ha hecho?

SAN. Nosotros no tenemos nada que explicar. No somos jueces.

PAB. Basta ya, basta ya. Si no viene V. pronto, llamarémos á los voluntarios.

LEO. (Con espanto.) ¿Voluntarios?.. ¡Dios mio... la horca!

MAR. ¡La horca!... Tengan ustedes misericordia de mí: es mi padre: si le pierdo, ¿quién le reemplazará?

LEO. ¡Oh! VV. tendrán esposas, hijas; compadézcanse de nosotras.

PAB. No puede ser.

MAR. (Con acento decisivo y concluyente, como nacido de una voluntad firme y resuelta á morir.) ¡Que no puede ser! ¡Que no puede ser! Nadie, nadie... se lo puede llevar. (Abraza estrechísimamente á su padre.)

(La actriz interpretará este momento supremo como su inspiracion le aconseje: es el momento que ha de revelar por una actitud, toda la grandeza que encierra el alma de Margarita, capaz de realizar los

hechos más heróicos y los sacrificios más sublimes, como son los que ha de ejecutar en los siguientes actos. Bástala esta única actitud para revelar su gran corazon, como le basta al sol para manifestar la inmensidad de su llama, despedir un solo rayo de luz.)

RAF. (Haciendo esfuerzos para dominar la situacion.) No os alarmeis: esto es una equivocacion.

LEO. ¡Ay, que nos separan para siempre!

MAR. Padre mio, ¿por qué me separan de tí?

PAB. Ea, manda venir á los voluntarios.

MAR. (Abrazando á su padre.) Que vengan, que vengan á romper estos lazos.

LEO. Rafael de mi corazon, ¡oh! nos queríamos demasiado. (Con pasion y amargura.)

MAR. Si nos separan por eso, yo me enmendaré: le querré menos.

PAB. Si se resiste, moriréis juntos.

LEO. Es ya á lo único que podemos llamar felicidad. (Con resolucion.)

MAR. Hieran VV.; mi madre lo quiere, yo tambien; que nos extermine el mismo golpe.

LEO. Queremos un mismo porvenir.

PAB. Ea, voluntarios. (Dirigiéndose hácia afuera.)

SAN. (Conmovido sin poderse contener, dice á Pablo:) No seas tan cruel, ¿no ves que es cosa muy natural?...

PAB. Con ellos debian fusilarte tambien á tí. Con piedad no se acabará jamás esa negrería.

RAF. Soy inocente... se habrán equivocado; ya lo vereis. (Con cierta serenidad.)

PAB. No señor; aquí tenemos la órden y su nombre está puesto muy claro. (Rafael mira el papel que le enseña Pablo.)

SAN. Señoras, desistan VV. de comprometernos.

PAB. (A Santiago.) No andes con mimos; si no se les separa á buenas, que sea á malas.
(Arrancan bruscamente á Margarita y Leonor de los brazos de Rafael.)

MAR. Yo quiero acompañarle; suéltenme VV. Un momento, por piedad; permítanme VV. que le abrace por última vez; esto no puede negársele á una pobre hija que vá á perder á su padre.

PAB. Anda pronto, que Chaperon nos vá reñir.

RAF. ¡Dios tenga piedad de vosotras!

LEO. ¡Rafael de mi corazon!...

MAR. ¡Padre de mi vida!...

CAE EL TELON.

NOTA. Este tomo es propiedad.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

ÍNDICE.

	PÁGINAS
Cuatro palabras	V
Prólogo	IX
A mi padre	1
La Sampaguita	2
Sampaguitas	8
A mis hermanas	10
En la ausencia	18
A Elisa	20
A Manila	28
A.....	32
A la ingrata Adela	35
A Luisa	37
¿Quién es Margarita?	40
Deseos	41
Delirio	43
A Enriqueta	44
En un abanico	45
En la primera página de un libro: A mi padre	46
En sus dias	49
Á Lindo-Vera	52
Á María	55
¿Quién será?	57
Á M***	59
Á Soledad	62

PÁGINAS

Al R. P. Juan Bautista Bombardó, Rector del Seminario conciliar de Salamanca..... 64
En el álbum de un pintor filipino..... 69
Cantares..... 71
La Felicidad..... 75
El por qué..... 77
Creacion de los mares..... 79
Á Zara..... 82
Á Laura..... 85
.... 88
Á Laura..... 89
La Cruz..... 92
Margarita, (drama en tres actos).—Acto primero. 101